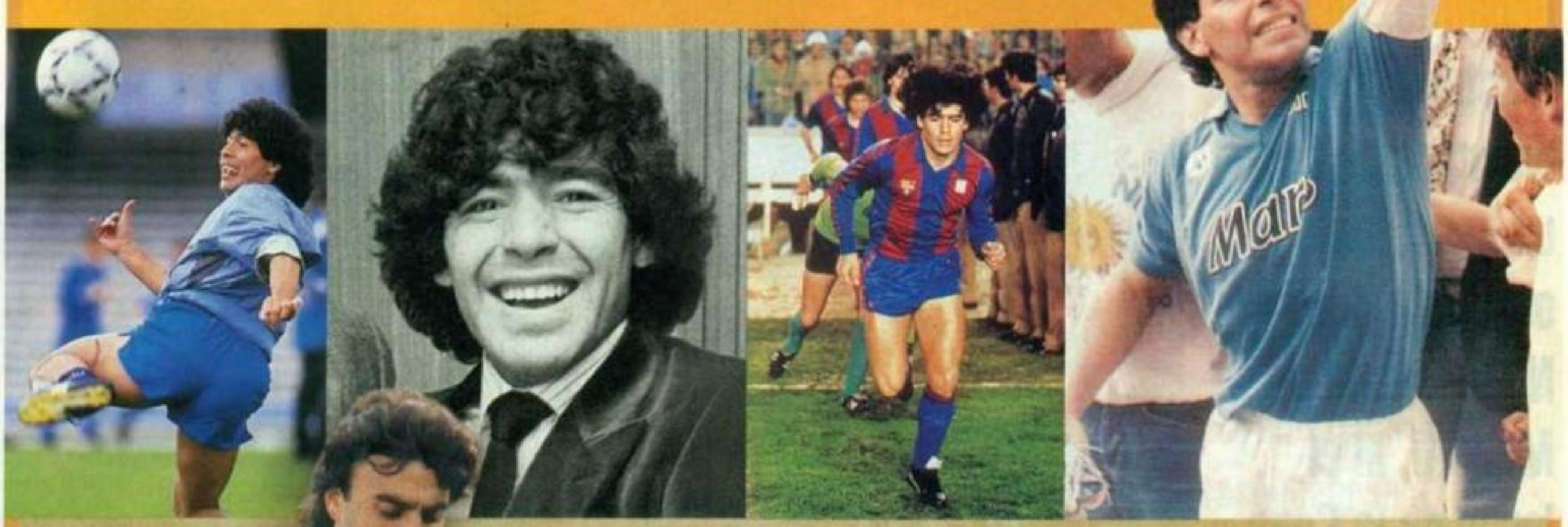
MARADONA
LA OBRA DIVINA

El Gráfico



DIOS SE DETUVO EN NÁPOLES

- EL CALVARIO DE BARCELONA.
- ITALIA, RENDIDA A SUS PIES.

CAPITULO 3

PREVISOL AFJP
CNP Asegurances
COMPAÑIA DE SEGUROS DE VIDA S.A.
CABAL
Una tarjeta como la gente.
BANCO CREDICOOP COOPERATIVO LIMITADO
La Banca Solidaria

DOS AÑOS INTERMINABLES EN EL BARCELONA

Pasajero de una pesa

Hepatitis, una fractura, discriminación, un presidente omnipotente... Ni la llegada de Menotti, ni el logro de la Copa del Rey le cambió el humor a un Maradona que, sin embargo, tuvo destellos geniales...



El tranco firme y decidido, la silueta perfecta, los colores pintados en la piel. Maradona y Barcelona, una ecuación que pudo ser memorable, pero que se agotó en un hartazgo mutuo.

lilla



El fin de la novela. Diego muestra la camiseta del Barça durante la firma del contrato, rodeado por las partes intervinientes: Martín Noel (Boca) José Luis Núñez (Barcelona) y Domingo Tesone (Argentinos).

Trajiste la camiseta?

–Sí, cómo no la voy a traer...

El sol de la siesta hierve vertical, explotando en mil reflejos sobre las aguas encrespadas del Mediterráneo azul y tentador. La bandera argentina, mecida levemente por el susurro de una brisa, languidece en lo alto del mástil que preside la entrada del hotel El Montiboli, el cuartel general que la Selección Nacional montó en Alicante a la espera del debut en el Mundial '82.

Maradona es un ramillete de ansiedad. Casi un chico en vísperas de Reyes, excitado ante la inminencia del chiche nuevo, de esa emoción galopante que manipula los sentidos en el instante sublime de romper el paquete para desnudar el obsequio.

El jolgorio emocional de Diego se entendía a partir de las **aguas turbulentas** que habían desfilado su inclemencia durante los últimos meses. Más precisamente desde el 28 de agosto de 1981, apenas 13 días después de la vuelta olímpica con Boca.

Pasó de todo, verdaderamente. Alfredo Martínez de Hoz se alejó de la cartera económica y se desató una **estampida cambiaria**. Lorenzo Sigaut tomó la posta, dijo ***"el que apuesta al dólar, pierde"*** y fue todo lo contrario: la cotización aumentó un 240%. Floreció un dólar comercial, a 5.300 pesos argentinos por unidad, y otro financiero, a 7.550 pesos argentinos cada uno. Y en esa brecha se alojó la disputa entre Boca y Argentinos, ya en litigio dialéctico por incumplimiento en el pago de las cuotas del pase maradoniano. **Boca quería, pero no podía.**

–Viejo, no hay manera... El dólar se fue a las nubes y nosotros tenemos que pagar en dólares. ¿De dónde sacamos la guita? –se quejaba el desesperado presidente xeneize, **Martín Benito Noel**.

La dirigencia aguzaba el ingenio, exprimía sus neuronas para generar recursos genuinos que no aparecían ni siquiera con giras como las que Maradona y su ballet hicieron por Japón, a principios de 1982, antes del inicio de los cuatro meses de concentración de la Selección.

Hubo un intento por el lado de la Justicia, pidiendo la **revisión del contrato** e implorando por la aplicación de la "teoría de la imprevisión". Y no faltó quien se encomendara de cuerpo y alma al Señor. Fue **Alberto Rodríguez**, el vicepresidente de Boca, a quien sorprendieron de rodillas, con la vista hacia el cielo, mientras creía que la puerta de su oficina estaba cerrada...

–¡Por favor, Dios mío! Ayudá a Boca para que salga de la crisis y pueda retener a Maradona. Ayudalo, Dios mío...

Pero **un solo milagro era poco** para un Boca en coma financiero. Necesitaba dos. Que crecieran billetes en el césped de la Bombonera y que volviera a dormirse el Barcelona, potenciado desde el **acuerdo tripartito** que lo colocaba en primera fila para quedarse con el pase de Maradona después de España '82.

Ni una cosa, ni la otra. En la cancha siguió creciendo pasto y los catalanes llamaron a la puerta antes del Mundial.

–¿En serio que trajiste la camiseta? –volvió a preguntar Diego. Allí estaba, claro. Los tiempos se habían acelerado, sus rulos se asomaban a una dimensión desconocida...

Un guapo en camiseta

El hombre perdió la paciencia. Un cuerpo de allegados trataba de desenredar, infructuosamente, la confusa madeja de la negociación: la plata para Argentinos, la indemnización de Boca, la férrea postura del representante, los porcentajes para los empresarios, los derechos de explotación de imagen, los detalles de la radicación del jugador, la cuestión legal, otra vez la intransigencia del representante...

Desbordado, saltó como un fusible, estrelló el puño derecho contra la mesa de roble y lanzó una ocurrencia empapada en resignación...

–Joder, amigos, que así no va este rollo... Al final, lo primero que tendríamos que hacer es contratar a Cyterszpiler. Si tenemos al representante, tal vez consigamos a Maradona...

Hombre ambicioso y glacial, **José Luis Núñez** estaba dispuesto a todo. El equipo no conquistaba la Liga desde la temporada 1973/74 y el presidente del Barcelona **soñaba con el bronce**. Quería enquistarse en la historia como el gran señor que abortaba una década negra para el Barça.

Y Núñez **puso lo que había que poner:** mucha plata. Un total de **5.900.000** dólares para Argentinos, **2.300.000** dólares en concepto de indemnización para Boca por desestimar el juicio que le había entablado al club de La Paternal y **5.500.000** dólares para Maradona por un contrato de seis años, amén de las cinco carillas que contenían los 19 puntos del contrato publicitario que asociaría al club y al jugador para el aprovechamiento de su imagen. Era la **transferencia récord** para la historia del fútbol mundial.

Pero faltaba *la poderosa*. Que Diego estampara la firma en todos los papeles confeccionados por un verdadero batallón de negociadores. Eso estaba por ocurrir aquella tarde del sol hirviente sobre las olas del Mediterráneo, cuando la siesta se cortó con una pregunta.

–¿Trajiste la camiseta?

Guillermo Blanco la tenía ahí, a mano. Era uno de los enviados especiales de EL GRAFICO al Mundial y, previendo el desenlace, había incluido en su equipaje un trofeo de su pequeña colección personal: una camiseta del Barcelona utilizada por Rexach tres años atrás.

Diego la extendió delante de su cara, sonrió plenamente, dejó una impresión –*"Está buena, ¿eh?"*–, se quitó la remera y se puso por primera vez la camiseta del Fútbol Club Barcelona. Eran las 14 horas del **miércoles 2 de junio de 1982**.

El amor ficticio

Dos días más tarde, el despertador sonó a las 7.05 de la mañana en la habitación que Maradona compartía con Juan Barbas. En la puerta de El Montiboli esperaban tres autos para viajar hacia el aeropuerto de Alicante, desde donde abordaría un vuelo a Barcelona.

La negociación estaba tan trabada que al presidente Núñez se le ocurrió una idea genial: contratar a Cyterszpiler para asegurarse a Maradona.

Un auto era para Cyterszpiler y Martín Benito Noel, que estaba allí representando a Boca y a la AFA. Otro para Diego, dos guardaespaldas y el doctor Rubén Oliva, cuyo objetivo en la Ciudad Condal sería chequear el sitio de concentración de la Selección. Y un tercero repleto de efectivos de seguridad. No por capricho, claro. Un año atrás, la patria deportiva española se había conmovido con el secuestro del futbolista Quini. Y la llaga todavía ardía. Por eso los guardias, los operativos y las precauciones para trasladar a un incipiente astro del fútbol mundial. A Diego le causaba gracia. A Oliva, no tanto...

–Está bien, yo viajo al lado tuyo, pero cuando empiecen los disparos, me tiro del auto...

Barcelona recibió a un Maradona auténtico: bajó del avión con el pie derecho. En el vuelo le concedió una nota exclusiva a la Red O' Globo, de Brasil, pero sabía que en el aeropuerto catalán lo aguardaban todos los artistas del circo mediático.

–Preparate para cual-

En los amistosos previos rindió a un 30% de sus posibilidades. La prensa catalana dedujo que se trataba de un bluff, de otro invento argentino...



Crack a la carta

Nicolau Casaus, el vicepresidente del Barcelona, miró extrañado, sin entender. Aquella mañana de 1977 su secretaria le había acercado una carta remitida desde la Argentina por un tal **Ramón Bertrán Olivella**, a quien no tenía el gusto de conocer.

"La trajo su amigo Pascual. Dice que la escribió un hermano suyo para usted, que debe leerla urgente", le informó la empleada. Entonces la leyó.

"Soy nacido en Barcelona, hincha fanático del Barça, y desde hace años vivo en Mar del Plata donde me gano la vida como pastelero. Disculpe mi atrevimiento, pero aquí hay un chico de 17 años, llamado Diego Armando Maradona, que es un verdadero fenómeno. Le he visto hacer cosas increíbles con la pelota y creo que sería importante que alguien de nuestro club se fijara en él para comprarlo antes de que lo haga otra institución europea. Le aseguro que es un fenómeno fuera de serie".

Casaus nunca había oído hablar de ese tal Maradona, pero le encomendó una investigación inmediata a sus colaboradores. Se ponía en marcha un operativo que recién se concretaría cinco años después...



Conmoción en el aeropuerto de Barcelona. Maradona llega desde Alicante para culminar con las negociaciones del pase. Setenta y siete fotógrafos lo escoltaron hasta las oficinas del presidente Núñez.



En los jardines del hotel El Montiboli, Maradona se puso por primera vez una camiseta del Barcelona, que pertenecía a un cronista de EL GRAFICO. Fue el 2 de junio de 1982, antes del Mundial de España.

➤ **quier cosa** –alcanzó a decirle Cyterszpiler. Y andaba en lo cierto. Flashes, codazos, gritos, apretujones y algún microfonazo en los labios fue la bienvenida tendida por la prensa. Setenta y siete fotógrafos, diez canales de televisión, decenas de cronistas. Un revuelo asfixiante y acosador, que provocó reacciones espontáneas.

–Antes de matarlo, déjenlo respirar el aire de Barcelona –gritó, destemplada, una empleada de limpieza del aeropuerto.

–Pero hombre, no lo sacudan tanto, que el muchacho todavía no ha tocado ni un balón –lo defendió un pasajero en tránsito.

El tormento duró diez minutos. La escena siguiente fue más reposada. Teñida de un **paternalismo ficticio**, aunque esto se comprobaría con el tiempo. En el primer piso de un aristocrático edificio, vestido con un señorial traje azul marino, lo recibió el sonriente José Luis Núñez. Un apretón de manos, un puñado de palabras que sonaron sentidas...

–Te quiero mucho, Diego. Tú no te irás más del Barcelona, ya lo verás. ¿Quieres tomar algo?

–Sí. Un sándwich de lo que sea y una Coca. Estoy muerto de hambre.

Charlaron brevemente, Noel firmó los papeles que restaban y lo mismo hicieron Domingo Tesone y Ricardo Viñambre, los emisarios de Argentinos. Sonrientes, todas las partes marcharon hacia la sede del club, donde los periodistas desbordaban la Sala de Juntas. Núñez le entregó una camiseta del Barça, pero Diego no se la puso. Apenas la exhibió para las fotos. Y después, ni bien lo ametrallaron con la primera pregunta comprobó que todo lo que intuía era cierto: **no era una persona grata para el técnico Udo Lattek, que hubiera preferido la contratación de su colega alemán Karl-Heinz Rummenigge**. Desembarcaba en un club donde a su talento se lo envasaba en la duda. Y tuvo que apelar a la esgrima de las palabras para que nadie pensara que estaba apichonado.

–No le tengo miedo a nada: ni a la adaptación, ni a la competencia por el puesto, ni a las patadas. Sólo me interesa jugar bien al fútbol y que la gente se sienta a gusto conmigo.

Antes del almuerzo en el exclusivo restaurante Las Indias, en el barrio residencial de Pedralbes, Maradona pisó el Camp Nou. Caminó su césped mullido y elevó la vista hacia las graderías huérfanas, mientras los dieciocho participantes en la negociación permanecían del otro lado de la línea de cal. Afuera, porque allí, en el césped, eran de palo...

Una siesta en el hotel Princesa Sofía y unas pizzas en el restaurante Corrientes 348, del basquetbolista y modelo Norberto Draghi, fueron el preámbulo para el último apretón de manos con Núñez.

–Que tengas un buen Mundial, Diego.

–Gracias, presidente. Ah... ¿qué me cuenta sobre el partido que le ganamos al Real Madrid en básquet? Ya empezamos bien...

A Núñez lo sacudió un escalofrío. Lo sorprendió que Diego usara la primera persona del plural, como si ya estuviera enraizado en el alma del Barça. Al patrón de los gestos almidonados **se le ablandaba la armadura**. Había fichado a un diamante, aunque no lo sabía. Jamás lo sabría...



Un símbolo. En su primera visita al Camp Nou, Maradona recorre el césped donde desparramará su talento mientras la legión de negociadores lo aguarda pacientemente...

Miel y vinagre

España '82. No fracaso, sí desilusión. Una procesión de sensaciones, una película sin final feliz. El cachetazo agrio de **Bélgica**, los destellos mágicos frente a **Hungría**, la clasificación sufrida con **El Salvador**, las patadas de Gentile adornando la derrota ante **Italia**, la impotencia de aquel planchazo al brasileño Batista que le valió el adiós con una **expulsión**...

Poco para tanta expectativa propia y ajena. **Migajas** para el crecimiento que le reclamaba su orgullo y para aquellos que esperaban al Pelé que no fue.

Los dardos de la crítica le impactaron en el pecho. Certeros y directos, igual que al resto de sus compañeros. Pero no los aceptó. Se creyó medido por una vara fraudulenta. Y generalizó en el rechazo, cortó relaciones...

–Para Argentina no hablo más, no insistan. ¿Qué se creen, que el único culpable soy yo? No, viejo, no hablo...

Voló a Barcelona entallado en una obsesión.

–Voy a ser el mejor del mundo y les voy tapar la boca a todos.

Pero los primeros días fueron un jardín de espinas. Se encerró en la mansión que alquiló por 5.000 dólares mensuales en el barrio de Pedralbes, en el cruce de la avenida Pearson y Paseo de San Francisco. Diez habitaciones repartidas en tres pisos, cancha de tenis, seis mil metros cuadrados de terreno, **lago y río artificial**...

Y desde allí tuvo oídos para todo... Cuestionamientos de Fillol y Tarantini a su actuación en el Mundial, críticas del medio, dudas del entorno...

Como tantas veces, la bronca era el combustible para alimentar su talento. Pero **supo separar la hacienda**. Nada tenían que ver sus nuevos compañeros con el mal humor que le aguijoneaba los sentimientos. Y fue lo más sociable que pudo ser. Simpático. Afable. Y hasta sencillo. De movida, **no se animó a manotear la camiseta diez**. Prefirió entrenar con la **dieciséis**. Elogió el afecto que le dispensaron sus compañeros, habló maravillas de **Bernd Schuster**, dijo tener referencias importantes de Lattek. Todo a su medida y armoniosamente...

La prensa derramó **toneladas de miel**, transformó a Maradona y Barcelona en sinónimos de una máquina de jugar que debería ser arrolladora, sublime, implacable. Una sinfónica capaz de quebrar adversarios con cinco o seis goles por partido.

Por eso fue drástico el **desencanto** de los cuatro amistosos veraniegos, en los que Maradona funcionó a un treinta por ciento de sus posibilidades.

–Soy joven, tengo 21 años y recién estoy conociendo el medio. Aquí se juega a otro ritmo y espero alcanzarlo pronto. Busco madurar como jugador, crecer como persona.

El sábado 21 de agosto se puso la casaca *blaugrana* por primera vez. El Barcelona le ganó 2-0 al Mallorca, con goles de Migueli y Quini. El martes 24, por la Copa Joan Gamper, organizada anualmente por el club, igualó 0-0 con el Internacional de Porto Alegre, que se impuso 4-1 por penales. Diego convirtió el único del Barça. Al día siguiente, también en el Camp Nou, empataron 1-1 con el Colonia alemán, con otro tanto de Maradona, pero no pudieron evitar quedar en la última posición desde la instauración del trofeo, en 1966. Y el sábado 28, por la Copa Costa Verde, cayeron 1-0 con el Estrella Roja, con baile y todo.

Cuatro partidos en una semana, exactamente lo mismo que faltaba para el debut en la Liga. Y la prensa local que cambia los ingredientes: **vinagre por miel**.

–Su compra ha sido un inmenso error.

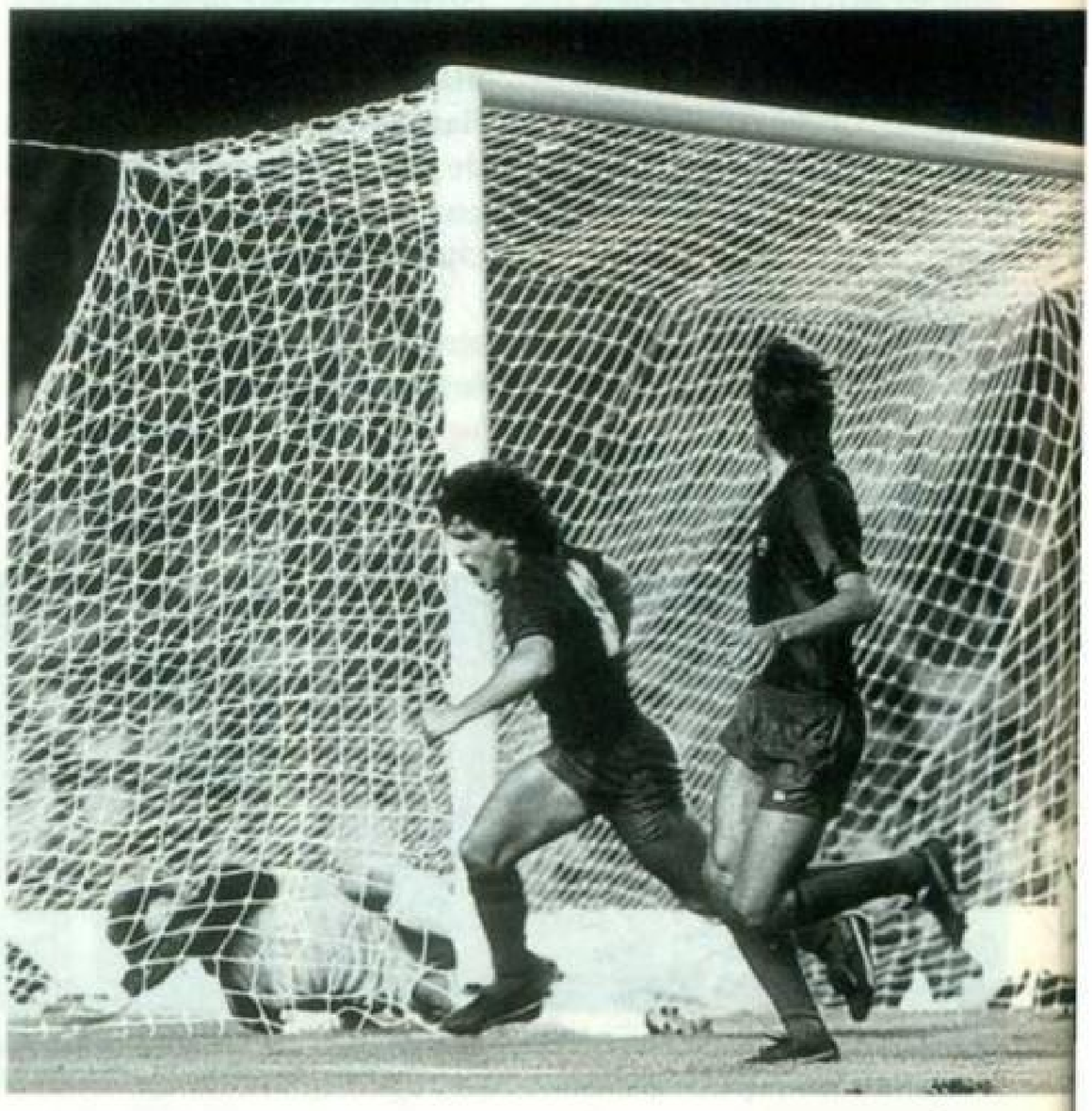
–No tiene pasta de líder.

–Maradona es un bluff, un invento de los argentinos.

–La directiva se ha equivocado. Antes de pagarlo ➤



A la izquierda, Diego en acción durante su debut oficial con el Barça, ante el Valencia de Kempes. Abajo, su primer gol de campo con la casaca "blaugrana". Fue de cabeza, frente al Colonia, por la Copa Joan Gamper.



El estadio a full, la pasión al tope. Diego, serio y concentrado, enfundado en el buzo del Barcelona antes de un trascendental partido con el Bilbao. La rivalidad con los vascos era tremenda.



Mi barba tiene tres pelos

La lesión de Maradona era el tema dominante en Barcelona. No se hablaba de otra cosa. Imposible abstraerse. Y cada habitante de Cataluña, a su manera, quería acompañar a Diego, tirarle una soga para que zafara del mal trago.

Tomás Blanchart, el dueño de un barcito en Sabadell, lo hizo a su modo. En la vidriera del negocio pegó un cartel de dimensiones generosas con la siguiente leyenda: *"Yo declaro solemnemente que hasta que Diego Armando Maradona, El Pelusa, no vuelva a jugar un partido oficial, no me afeitaré, aunque a mi mujer no le guste la barba"*.

Cuatro meses después, Diego volvió a tocar una pelota y Blanchart volvió a tocar una afeitadora, orgulloso de haber cumplido la promesa y también –por qué negarlo– del sacrificio voluntario de su mujer, enemiga acérrima de las pilosidades faciales.

–No me divorcié porque ella entendió la intensidad de mi amor por Diego. No le quedó otra que acompañarme en esta cruzada.

➤ **como crack, tendrían que haber esperado al Mundial para desembolsar lo que realmente vale.**

No era el clima ideal. Y menos después de la caída por 2-1 ante el Valencia de Kempes en el estreno oficial. Nada valió aquel domingo **5 de septiembre de 1982**. Ni siquiera que Diego anotara el único gol del Barça. Recrudecieron las críticas, se avivaron las dudas...

Fuego cruzado

–Este tío no entiende, hay que reprenderlo porque no entiende...

Pocas cosas enervaban más a Núñez que un puñado de periodistas enrostrándole críticas por actitudes ajenas. Cinco meses después del debut, con Lattek debatiéndose entre mil contradicciones para darle funcionamiento a un equipo errático e irregular, el Barça fue a París para jugar un amistoso con el Paris Saint Germain. Todo bien: 4-1 a favor, toques, algunos lujos. Pero algo mal: harto de las críticas de dudosa intencionalidad, Maradona optó por no atender a la prensa. Entonces los periodistas catalanes se lo facturaron al presidente...

–Usted se llena la boca hablando de las bondades del Barcelona, pero las actitudes de Maradona no armonizan con ese perfil. ¿Qué explicación nos puede dar?

Un cross a la mandíbula de un boxeador que se creía invencible, que se defendió con una mano voleada...

–Eh... Bueno... Maradona debe cuidar su imagen. Hacer amigos, asimilar la línea de conducta que ha de seguir en Europa para mantener su lugar en la plantilla del Barcelona. Si no lo comprende, de nada sirve castigarle. Lo mejor es que abandone el club...

A Diego no le gustó ni medio. Es más: se quedó en París visitando a su amigo Osvaldo Ardiles. Y respondió a su modo. A la crítica de Núñez y a las otras.

–Me quedé en París porque necesitaba descansar. Escuché lo que estuvieron diciendo y no me afecta para nada. Si salgo con mis amigos o voy a visitarlos, es asunto mío y no del club. Porque en la cancha, que es donde verdaderamente importa, yo doy todo. Y eso no me lo pueden discutir. Prefiero creer que el presidente no abrió la boca. Que no me aconsejó el modo de comportarme. Yo no le programo la vida a nadie, y no quiero que me la programen a mí.

Cinco meses, apenas. La bomba a punto de estallar, una reunión providencial que derrite asperezas, la paralización momentánea de la cuenta regresiva, un Maradona brillante enmudeciendo al Bernabeu en su **primer choque ante el Real** –galera, bastón y 2-0–, alaridos de asombro, jugadas bordadas a una velocidad y precisión impresionantes, voces que se acallan, ciertos brotes de admiración...

Había vuelto. Era el Pelusa de Fiorito, el Diego de La Paternal, el Dios de la Boca. Estaba en rodaje para el **zarpazo definitivo**, salvo que el destino le quitara el respaldo...

Un paseo por el infierno

–A ver, vení, vení que tenés algo en los ojos...

LA FRUSTRANTE PELÍCULA DE ESPAÑA '82



13 de junio. Derrota 0-1 con Bélgica, en el partido inaugural. No brilló, lo marcaron mucho y bien.



17 de junio. Goleada a Hungría: 4-1. Este es su primer gol en un Mundial, de palomita...



...y este es el segundo, desde afuera del área. Maradona la rompió, el equipo deslumbró.

Amistoso ante el Paris Saint Germain, en la Ciudad Luz. Fue victoria cómoda, pero después Maradona se quedó a descansar en la casa de Ardiles y el presidente Núñez se disgustó.

Los dos talentos del Barça en la rutina del entrenamiento. Schuster y Maradona generaban los mejores circuitos de fútbol del conjunto catalán. Y ambos se oponían a Núñez.





–Dale, hermano, qué ojos ni ojos, yo vine por el tobillo...

Era jueves. Día de práctica de fútbol, de cara al partido con Las Palmas. Ochenta minutos intensos, a full, con la zurda dibujando fantasías sin molde y un dolorcito molesto ahí, en el tobillo izquierdo. *"Hombre, ve a la clínica* –le dijeron– *para que te hagan una sesión de láser. Eso te calmará el dolor, quedarás como nuevo"*. Y fue. Cualquier cosa con tal de que desapareciera la molestia. Pero al kinesiólogo se le dio por mirarlo a los ojos, como si fuera una novia...

–¿Qué pasa? ¿Qué tengo?

–No sé, pero vete a tu casa y métete en la cama.

–¿Cómo en la cama? Tengo que ir a una cena...

–A la cama, te digo.

Al rato, Diego estaba en la cama y el doctor Bestit, del Barcelona, le extraía sangre para una muestra. El resultado estaría al día siguiente.

Bestit volvió a las ocho y media. No sabía cómo decirlo, no quería decirlo.

–¿Y, doctor? ¿Qué tengo?

–Bueno, Diego, a muchos les toca y...

–¿¡Qué tengo!?

–Hepatitis. Tienes hepatitis...

Se quería matar. Lloró. Le pegó piñas al colchón, a la pared, a los muebles. Maldijo su suerte y entró al **infierno**.

Fueron dos meses y medio de calvario. Postrado, enfrascado en su locura, **sin prender el televisor** para ver ni un solo minuto de un partido de fútbol. Nunca en su vida había estado así. Inmóvil, sin contacto con la pelota, divorciado de su mundo mágico, **sin ganas de vivir**, comiendo poco, desabrido y liviano. Bastaron los dedos de una mano para contar las sonrisas de esos tiempos: cuando doña Tota lo visitó para las fiestas, en el brindis de fin de año, el día que le permitieron levantarse y la tarde que lo visitó Núñez. Sí, Núñez. No por su presencia, sino por el motivo.

–Diego, ya sabés, tengo que contratar a alguien para reemplazar a Lattek. Lo tuvimos que echar porque no conseguía lo que queríamos. ¿A ti qué te parece Menotti? ¿Qué opinión tienes de él?

–¿Qué me va a parecer, presidente? Es un fenómeno. Tráigalo mañana mismo. Pero mire que es usted el que lo dice, ¿eh? Los periodistas me van a preguntar y yo voy a decir que estoy encantado, pero usted me lo propuso a mí, no yo a usted. Si no van a pensar que Maradona pone al técnico. Y yo no me dedico a eso. ¿Estamos?

–Pero claro, Diego, ¿a quién se le podría ocurrir esa barbaridad? Bueno, entonces llamaremos a Menotti.

El **sábado 12 de marzo**, a las nueve de la noche, 115.000 personas atestaban el Camp Nou. Entre ellas, **Carlos Salvador Bilardo**, flamante entrenador de la Selección Nacional. **César Luis Menotti** debutaba como técnico del Barça y Maradona volvía tras la hepatitis.

Diego corrió, se ahogó, tuvo que regularse *"porque si no, no llegaba"*, regaló un par de toques con su sello, se fue caliente por el 1-1 con el Betis...

–Es una de las noches más tristes desde que estoy acá. Esperé tres meses y medio para esto y todo ➤

Cuando supo que tenía hepatitis, Diego se encerró en su locura. No quería ver fútbol ni por televisión. Perdió las ganas de vivir...



23 de junio. Trabajoso 2-1 y clasificación ante El Salvador. Los adversarios ya lo molían a golpes.



29 de junio. Italia gana 2-1, Diego sufre la violencia sistemática e impune de Gentile.



2 de julio. Brasil 3-Argentina 1. Devuelve una falta y lo expulsan. Adiós a su primer mundial.



El regreso de Diego al Camp Nou desierto, después de la fractura. No lo pisaba desde la fatídica noche en que lo cruzó Andoni Goicoechea.

Concurso de magia

En pleno proceso de recuperación del maltrecho tobillo izquierdo, Diego llegó a Buenos Aires para despejarse un poco. Después del oficial de aduana, lo primero que se cruzó en la Argentina fue un periodista. Entonces se produjo el diálogo...

–¿Qué tal, mago?

–¿Me dice a mí?

–Sí, usted es un mago...

–No, está equivocado. Yo soy Diego.

–Sí, el mago Diego.

–No: Diego, el que nació en Fiorito. Y justamente ahí, en Fiorito, viven los magos. Ellos son magos.

–¿También son jugadores?

–No, viejo, son magos porque viven con dos mangos por mes...

El amor después del amor

Ni bien se confirmó que Maradona se alejaba del Barcelona, un grupo de simpatizantes *blaugranas*, autoconvocados en un sector del Camp Nou, generaron un acto de amor muy particular.

Uno a uno, como poseídos por un rito, fueron rompiendo sus carnets sociales, esparciendo los pedazos por todo el ámbito del coliseo catalán.

Al ver semejante espectáculo, los cronistas se acercaron a quien parecía ser el líder carismático de este insólito movimiento.

–Señor, ¿por qué rompen los carnets?

–Porque ya lo hemos visto todo. Difícilmente el fútbol sea tan generoso como para enviarnos otro Maradona. Ya no vale la pena ser socio del Fútbol Club Barcelona...

TERRORÍFICO

Un día negro: 24 de septiembre de 1983. La secuencia muestra la brutal patada del vasco Goicoechea y el ingreso a la clínica Asepeyo. El tobillo izquierdo destrozado, casi cuatro meses de recuperación...











salió mal. Me ahogué, los palos nos jugaron en contra, la gente se fastidió... Deberían entender que en el fútbol no hay milagros. César asumió hace cinco días, tienen que darnos un poco de tiempo...

El tiempo, justamente, hizo lo suyo. Para bien y para mal. **El equipo levantó vuelo**, censuró los pelotazos que tanto ensalzaba Lattek, se enamoró del toque y la circulación, creció en belleza y efectividad, fue digno en la Liga y se clasificó para dirimir la Copa del Rey con el Real Madrid que dirigía Alfredo Di Stéfano. Pero se **profundizó el abismo** entre Núñez y Maradona. Agua y aceite. Azúcar y sal. Frío y calor. Eran un cortocircuito permanente...

Jaque mate

–Muchacho, confiamos mucho en usted y lo necesitamos. Toda Cataluña estará pendiente de este partido, porque hay que ganarlo...

Fue una **jugada maestra** de Núñez. Cascoteado en el frente interno y a cuatro días de la final con el Real, sacó un as de la manga. Escudándose en una afinidad personal, le imploró al por entonces presidente de Cataluña, **Jordi Pujol**, que se diera una vuelta por el entrenamiento para inyectarle ánimo al plantel. Para que le sacara las castañas del fuego.

Unilateralmente, Núñez había prohibido que Maradona y Schuster asistieran al homenaje al alemán Paul Breitner en Munich.

–¡Se quedan! El Real negó a Santillana, que es su figura, así que ellos tampoco van. No podemos dar ventajas. Esto es más que un partido de fútbol.

La dupla del Barça enfureció. Sobre todo Diego...

–Dejar colgado a un ídolo en el último partido de su vida, después de haber empeñado la palabra, es algo inconcebible. Si Núñez no me respeta, yo tampoco voy a respetarlo a él. Si el sábado viene a saludarme al vestuario, le voy a tirar con los botines.

Núñez lo escuchó y se agarró la cabeza. Reavivar el conflicto era lo peor que podía suceder a esa altura **Necesitaba un bombero y Pujol se puso el casco y manoteó una manguera**. Después de la práctica matutina, alertados de su presencia, los futbolistas se colocaron en fila y el mandatario los saludó uno a uno.

–Toda Cataluña estará pendiente de este partido, muchacho, hay que ganarlo...

Maradona le extendió la mano y le devolvió la sonrisa, pero no emitió palabra. Con Schuster no hubo *transa*. Se paró a un costado y no le dio la mano a nadie. Pero la prensa local sólo le cayó duro a Maradona. En *El País*, el diario más prestigioso de España, Maruja Torres fue lapidaria: *"¿Podrá entender Maradona la magnitud de la benevolencia del presidente? ¿Sabrá asimilar su rudimentario cerebro la idea de que el Barça es más que un club? Enorme duda..."*

Y un grupo minoritario de hinchas se subió al carro del disconformismo, despidiéndolo del último entrenamiento al grito de ***"¡Pe-se-tero! ¡Pe-se-tero!"*** La salida más elegante era trasladar al equipo hacia Zaragoza lo antes posible para *freezar* el conflicto. Y Menotti lo hizo.

Ya en la ciudad sede, el foco se desvió hacia la final propiamente dicha. Hacia los antagonismos: Madrid-Barcelona, Di Stéfano-Menotti, Stielike-Maradona...

A las 22.09 del **sábado 4 de junio**, cuando el Barça se asomó por el túnel de La Romareda, se archivaron los odios. El orgullo del terruño goleó a las fisuras intestinas. Y la tribuna fue un mar *blaugrana* de banderas trepidantes.

Actitud. Esa fue la diferencia. Barcelona arrancó enchufado, me-



El doctor Rubén Oliva fue determinante para su vuelta. Caminaba a su lado, lo obligaba a ejercitar el tobillo.

tido, asfixiando en campo contrario, con Diego explotando las espaldas fértiles de Camacho. Real empezó distendido, sin ritmo ni presión, con un Stielike estático, entregado a la marca.

El Di bufaba su enojo, César se fumaba la ansiedad. Y Diego dibujaba...

A los 32, descorchó una genialidad, desparramó el tendal y la dejó muerta para el toque definitivo de Víctor. El 1-0 parecía una sentencia definitiva. Pero antes del cuarto de hora del complemento, el zaguero Gerardo le entregó cortó al arquero Urruti y el pillo de Santillana estampó el empate. ¿Podía ser? ¿Otra vez la mufa?

Bonet entró para encimar a Diego, el trámite se enredó en imprecisiones y la prórroga parecía **insalvable**. Pero a diez segundos del final –sí, a diez segundos–, Marcos cabeceó un centro de Julio Alberto y la mandó a guardar. Gol. Golazo. Locura.

A Marcos se lo vio por última vez cuando impactó el cabezazo. Desapareció debajo de una montaña de compañeros que terminaba en Diego, justo en la cúspide. En el palco, Núñez se abrazaba con todos. Hasta con las paredes. La tribuna oscilaba. Cataluña era un grito visceral incrustándose en la historia.

Maradona campeón. Al fin campeón en España. Contra todo, contra todos...

Sin anestesia

Las burbujas de esa victoria champagne extendieron su cosquilleo chispeante a los días siguientes. Era el aval necesario, el mojón fundacional para un proceso que debía terminar, sí o sí, en la conquista de la Liga.

Oxígeno, eso representaba. Oxígeno para Menotti, siempre analizado bajo la lupa de una crítica impiadosa. Oxígeno para Núñez, envalentonado tras colgarse la escarapela de imán convocante de los artífices cruciales de la victoria. Oxígeno para Maradona, aunque todavía pulularan células *antisudacas* desestabilizándole la vida.

–Ya no me los banco más, Claudia. Me tienen podrido. El otro día casi lo boxeo a un tarado de ésos. Estábamos en un bar, tomando algo con Jorge, y uno nos decía "sudacas" por lo bajo, con un tonito muy hijo de p... Se reía, el tarado... Decime, ¿qué les hago, yo? ¿Quién carajo se creen que son?

¿Calmarlo? Era inútil. Estaba sacado. Ni siquiera lo serenaba que algunos compañeros de equipo –Quini, Esteban, Marcos– se sintieran sus amigos y fueran a visitarlo, siempre con la excusa de saborear las exquisiteces argentinas que preparaba Claudia. Sacado es la palabra. Pero eso lo reconfortaba: la amistad con varios muchachos del plantel.

–Se está formando una linda banda. Me parece que todavía podemos dar pelea, César –le confió a Menotti en el vestuario, antes del partido con el Athletic de Bilbao, el sábado 24. Pero hubo otro *pero*. Siempre un *pero*...

Minuto 58. El Barça le gana fácil a los vascos. Hay rumor de fiesta. Augurios de gloria.

Diego corre del centro hacia la izquierda. Quiere interceptar un despeje desprolijo de su defensa. La domina sin dificultades, gambetea a **Andoni Goicoechea**, le saca un metro y levanta la vista para direccionar el pase. Está afirmado, a punto de soltar la bola. Y llega el hachazo. La **patada temeraria**, desde atrás, que impacta plena sobre el tobillo izquierdo.

Un grito sordo. El crash. Un estadio atónito. Drama. Incertidumbre. Angustia. La corrida de Claudia, escaleras abajo. Los camilleros, los médicos, la manta que tapa el cuerpo conmovido, la sirena, una ambulancia, el traslado a la clínica Asepeyo y la frase que le dijo a Migueli, el primero que se agachó a ayudarlo...

–No lo vi venir, me rompió todo...

Para el traumatólogo del Barcelona, el diagnóstico estaba claro: *arrancamiento del maléolo, rotura del ligamento lateral interno y* ➤

Apenas 106 días después de la fractura, Diego volvió con todo, convirtiéndole dos goles al Sevilla. En la foto de abajo, Carrasco lo abraza para celebrar el primero. Otro milagro del Diez.



Nadie se animaba a decirle que debían operarlo, hasta que entró un empleado de limpieza y le dijo, como al pasar: "Quédate tranquilo, Diego, que la operación dura dos horas, nada más".

La campaña en Barcelona

Partidos jugados: **58**

Goles: **38**

Títulos: **Copa del Rey 1983**

1982/83

CAMPEONATO ESPAÑOL		20 partidos, 11 goles
Septiembre 5	Valencia 2 - Barcelona 1	(1)
Septiembre 12	Barcelona 3 - Valladolid 0	(1) penal
Octubre 17	Barcelona 4 - Málaga 1	(1)
Octubre 30	Barcelona 4 - Racing de Santander 0	(1)
Noviembre 21	Barcelona 2 - Celta de Vigo 2	(1) penal
Diciembre 5	Barcelona 1 - Real Sociedad 0	(1)
Marzo 26	Barcelona 3 - Real Madrid 2	(1)
Abril 10	Athletic de Bilbao 3 - Barcelona 2	(1)
Abril 17	Barcelona 7 - Las Palmas 2	(3)

COPA DE ESPAÑA	5 partidos, 3 goles

COPA DE LA LIGA	6 partidos, 4 goles

RECOPA		4 partidos, 5 goles
Septiembre 15	Barcelona 8 - Apollon (Chipre) 0	(3)
Octubre 20	Barcelona 4 - Estrella Roja (Yugoslavia) 2	(2)

1983/84

CAMPEONATO ESPAÑOL		16 partidos, 11 goles
Septiembre 17	Barcelona 4 - Mallorca 1	(1)
Enero 8	Barcelona 3 - Sevilla 1	(2)
Enero 15	Osasuna 4 - Barcelona 2	(2) ambos de penal
Enero 29	Barcelona 2 - Athletic de Bilbao 1	(2)
Febero 18	Barcelona 5 - Valladolid 0	(2)
Febrero 25	Real Madrid 2 - Barcelona 1	(1)
Abril 15	Barcelona 2 - Salamanca 0	(1)

COPA DE ESPAÑA	4 partidos, 1 gol

COPA DE COPAS		3 partidos, 3 goles
Septiembre 14	Barcelona 5 - Magdebourg (Alemania Oriental) 1	(3)

Entre paréntesis, la cantidad de goles convertidos por Maradona en cada partido.



A pesar de la enfermedad y la fractura, la campaña de Maradona en el Barcelona no arroja guarismos para nada despreciables. Ganó una Copa del Rey y convirtió 38 goles en 58 partidos. Un buen promedio.

➤ *luxación del tobillo izquierdo.* Quirófano directo, lo antes posible.

Cyterszpiler dudaba, igual que los dirigentes. Temían el error, una cirugía inapropiada en el **pie sabio**. Un desubicado preguntó por los alcances del seguro multimillonario. Otro, más sensato, convocó a **José María Figueras**, *"el hombre que más sabe de tobillos en España"*.

Mientras Diego esperaba una decisión, Cyterszpiler hizo el sondeo final. Puso al teléfono al doctor del Barcelona con **Raúl Madero**, el médico de la Selección. Y le pidió la opinión final.

–Mirá, Jorge, por lo que me dijo González Adrio, lo de Diego es fractura de peroné, sindesmosis y arrancamiento del ligamento interno del tobillo. Son tres lesiones en una. Obviamente, no vi las radiografías. Pero si es así, la mejor salida es operar.

A esa altura, Diego era un manojo de ansiedad. Pero **nadie le decía nada**. Iban, venían, entraban a la habitación 201, lo miraban, volvían a salir. Nadie abría la boca. Ni Cyterszpiler, ni don Diego, ni Claudia, ni el médico...

En eso se quedó a solas y entró un **empleado de limpieza** a recoger la basura del cesto.

–Quédate tranquilo, Diego, que son dos horas de operación, nada más...

–¿¡Qué!? ¡¡¡Doctoooooor...!!!

A las 2.30 de la madrugada, Maradona ingresó al quirófano. Salió dos horas después, flotando en la anestesia.

Todo okey, según los médicos.

Todo mal, según los hinchas, porque Maradona estaría *out* durante cuatro meses. Por eso la ira y los piedrazos que destrozaron los vidrios del micro del Athletic, pugnando por impactar en Goicoechea. El mismo que un año antes, con una patada similar, había enviado al quirófano a Schuster, ganándose el apodo de ***La Bestia Negra***.

Cuando el sol se filtró por la ventana, Maradona abrió los ojos y apretó la mano de Claudia.

El diario *Marca* ya circulaba con un título que era un sentimiento: *"Prohibido ser artista"*.

Los niños de Cataluña destrozaban la página de los álbumes de figuritas dedicadas a los jugadores del Bilbao.

La central telefónica de la clínica comenzaba a saturarse, con llamados que iban desde simples simpatizantes hasta **Henry Kissinger**.

Y llegaban las visitas. Como el asturiano **Quini**, el compañero que tuvo asistencia perfecta durante la convalecencia. O don **Xavier Azkargorta**, por entonces entrenador del Español, con un libro de García Márquez debajo del brazo: *La mala hora*.

Buen clima para la recuperación, aunque no sería sencilla...

El regreso milagroso

Rápido. Querían que Diego volviera rápido. Romper con las leyes naturales, si fuera posible. Y de la recuperación del tobillo se hizo un **vale todo**.

A diez días de la operación, el doctor González Adrio hizo una sugerencia.

–Escúcheme, Diego, le quiero presentar a una recuperadora sueca. Emplea una nueva técnica, basada en un tratamiento acuático...

La doctora era sueca, pero no una beldad infartante, precisamente. Rostro enjuto, modales tajantes... El Pelusa desconfió. Agradeció el interés y llamó por teléfono al doctor Oliva.

–¡Que no te toquen! Que no hagan experimentos con vos, Diego.

–No, quédese tranquilo. Le juro que esta tipa no me agarra. A mí me gustaría que viniera usted. ¿No se anima?

Oliva se animó, mal que le pesara a la prensa –*"es otro acto arrogante de Maradona"*– y al propio cuerpo médico *blaugrana*. Le quitó el yeso antes de lo previsto, también las muletas.

Los directivos del Barça lo tildaban de *"loco"* y lo sindicaban como



Final de la Copa del Rey. Barcelona 2-Real Madrid 1, en Zaragoza. Maradona deja en el camino a Bonet y Camacho, sus marcadores. Fue su único título oficial con la "blaugrana".

el responsable absoluto por cualquier trastorno que pudiera producirse. Pero a Oliva le sobraba seguridad. Vivía las 24 horas para Diego. Caminaba a su lado, lo hacía subir y bajar la escalera de su casa, le pedía que apoyara el pie izquierdo y, mientras tanto, lo llevaba del brazo y le hablaba, hasta que, de repente, lo soltaba y Diego andaba solo, casi sin darse cuenta, milagrosamente...

Y hubo milagro, claro. Porque el domingo 8 de enero de 1984, apenas **106 días** después de la patada criminal, el Camp Nou parecía un templo celestial, dispuesto a presenciar el increíble regreso de Maradona, ante el Sevilla. Lloviznaba, pero los catalanes creían que era agua bendita...

Un Diego de **barba incipiente** se metió en el césped a paso lento. Sentía todos los ojos sobre su frente, palpaba los aullidos. Trotó levemente hacia una de las áreas, soltó la pelota que aprisionaba contra el pecho y le pegó con la zurda recuperada, derecho a la red. Y la gente lo festejó como si fuera un gol de verdad... Saludó, levantó los brazos. Se sintió, al fin, querido y respetado.

Y no defraudó. Tocó preciso, fue lacerante en tres cuartos, jugó e hizo jugar. Y en la primera mitad, para refrendar esa sensación gratificante, bordó una triple pared con Alexanco, la recibió en el área y la tocó suave, con categoría, ante la salida de Buyo. Gol. **El golazo de la resurrección.** El guiño imprescindible y necesario en esa hora clave.

Después, Marcos señala el 2-0 y la tribuna le pide a Menotti **que lo saque**. Que lo cuide. Demasiada lluvia, bastante barro, mucho riesgo innecesario. Pero Diego quería seguir. Más aún después del descuento de Sevilla. Miraba al banco y hacía señas inconfundibles: *"No salgo"*. Como si supiera que algo importante fuera a pasar...

Y pasó. Minuto 61. Engancha por derecha y se va. Deja uno, dos, tres rivales en el camino. Espía el arco, le da seco, roza en un defensor y adentro: 3-1.

La **reacción** fue atípica. Se clavó en el césped con las manos elevadas hacia el cielo. Y antes de que llegaran sus compañeros para sepultarlo en una pila emocionada se abrazó a sí mismo, como si se felicitase por tanto temple, por tanta fe, por tanto talento...

Un final anunciado

Aquel partido fue **un espejismo de amor**. Devaluada la sensibilidad que despertaba Maradona encarnando a un **león herido**, la situación se reacomodó en la realidad. La vinculada a un Núñez cerrado y omnipotente, a las declaraciones cruzadas, a los *"sudacas"* pronunciados a traición, a los adversarios con licencia para pegarle impunemente, a la prensa encaprichada en buscarle pelos al huevo, a un equipo que podía lucir brillante o inconsistente en el desarrollo de un mismo partido...

El desgaste se tornaba tétrico. Insostenible. Diego se revolvía en el fastidio, Claudia ponía paños fríos y también la oreja...

–¿A vos te parece? Para jugar contra el Manchester me banqué nueve inyecciones. Tenía un desgarro terrible, me movía menos que un lisiado, pero igual jugué. Y seguí, seguí, seguí... Todavía se quejan y me tiran baldes de m...

Para jugar un partido contra el Manchester, se aplicó nueve inyecciones para que desapareciera el dolor de un desgarro. Pero parte de la hinchada seguía hostigándolo...

Faltaba un capítulo. Otra final por la Copa del Rey, el 5 de mayo, ante el acérrimo enemigo contemporáneo: el Bilbao de **Goicoechea** y del irrespetuoso entrenador **Javier Clemente**, que se había regodeado públicamente con la reacción asesina de su jugador.

No le fue bien. El Bilbao sacó ventajas, ganaba tranquilo. Lo empezaron a cargar por lo bajo, lo empujaron en un tumulto, le hicieron un **corte de manga** y... La gresca fue tremenda. Todos contra todos. Trompadas, patadas, suelazos... Un verdadero escándalo.

A Maradona ya no le interesaba lo que pudiera pensar el Comité de Disciplina después de su declaración. Era un **ciclo agotado**, gobernado por el **hartazgo mutuo**. Para colmo, Menotti también anunciaba su refirada y ya habían sonado los teléfonos desde el golfo de Nápoles.

El clic era irreversible. Se iba. Aunque perdiera una fortuna, aunque acabara de comprar y refaccionar la casa, aunque postergara su pequeño proyecto de vida...

Y es que, precisamente, lo de Diego en Barcelona **no era vida**: dar sin recibir, amar sin ser amado, tolerar a intolerantes...

–Tenemos que ir a un lugar donde nos quieran, Claudia.

–¿A dónde?

–Yo sé de uno...



La batalla campal que significó el epílogo en el Barça. Tremenda agresión a Diego de parte de un jugador del Bilbao, en una bochornosa final por la Copa del Rey de 1984.

10 frases del 10



Los deberes de un ídolo. ¿Alguien será capaz de calcular la cantidad de autógrafos firmados por Diego Maradona en toda su vida? Difícil...

1. "Muchas veces me aconsejaron que pegara. Pegué una patada –contra Brasil, en el Mundial '82– y me expulsaron. Todavía hoy me arrepiento. Y aprendí a valorar más lo que pienso: hay que jugar al fútbol. Jugar y jugar. Algunos me dicen que soy un fenómeno porque no reacciono cuando me pegan. Para otros soy un miedoso. Pero no les hago caso, yo juego..."

2. "El fútbol no me fastidia, sino su entorno. Me fastidia que las cosas no sean más simples. Que haya dirigentes que trabajan más para la foto que para el club. Que en mi país no haya instituciones que puedan bancar a Maradona, a Fillol, a Passarella. A veces me hablan del fútbol de antes y yo digo que sí, que puede ser que hayan existido grandes jugadores, pero éstos le dieron a la Argentina dos títulos del mundo y a mí me gustaría que nunca se fueran del país."

3. "Lo malo que tenemos los argentinos es la facilidad para desprestigiar lo nuestro. Parece que el deporte nacional es hablar mal de los de adentro, aunque ahora también se está haciendo muy común hablar mal de los otros. En eso se tendría que cambiar. Si tengo algo contra alguien, voy, se lo digo en la cara y listo."

4. "Núñez es vivo, pero no tiene sentimientos. Va a los papeles y manda abajo del carro a cualquiera, quiere liderar como sea. Además, ve un flash y se tira de cabeza. Cuando se hizo lo del Napoli, le dije: 'Yo me voy, quédese con el club, con Barcelona, con Cataluña, con todo...'."

5. "En el Mundial '82 se cometieron muchos errores. También hubo errores en el '78, pero como se ganó el campeonato nadie dijo nada. Yo no soy vigilante, pero el triunfo hace olvidar..."

6. "Mientras muchos catalanes no entendían lo que era para mí la amistad y me definían como el jefe de un clan, que no era tal, Serrat, que es más catalán que nadie, dijo públicamente que se avergonzaba de que se refirieran a mi familia y a mis amigos como 'sudacas'. Cuando me lo encontré, le di un beso en la frente."

7. "No me banco a los comunistas en Mercedes-Benz."

8. "Napoli me tomó como una bandera y quiero ser la bandera de ellos, porque sé todos los problemas que tienen. Esa gente hace sacrificios para comprar la entrada, para sacar los abonos... Pero están, siempre están... Eso me hizo identificar con ellos desde el primer día. Creyeron en mí. Me dieron todo sin conocerme y eso no se puede olvidar. Sería ingrato de mi parte."

9. "Cuando me dicen que soy Dios, respondo que sólo soy un jugador del Napoli. Pero no puedo negarlo: me siento hijo de Nápoles."

10. "Es mentira que para jugar bien al fútbol haya que tener hambre. El que siente pasión por jugarlo no necesita tener hambre. En mi colegio había pibes que preferían dejar de ir al Ital Park para prenderse en un picado. Y jugaban tan bien como yo, que ni siquiera conocía el Ital Park..."

REY DE REYES

Dime CO



1


2

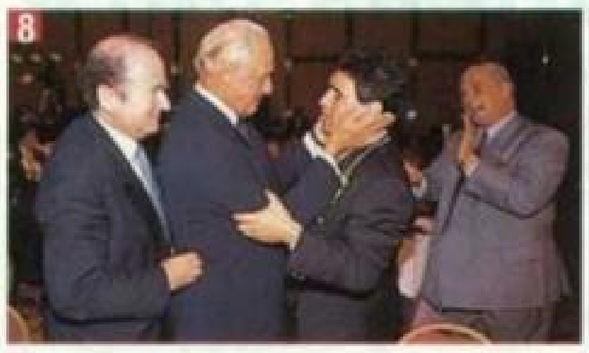

3


4


5


6


7


8

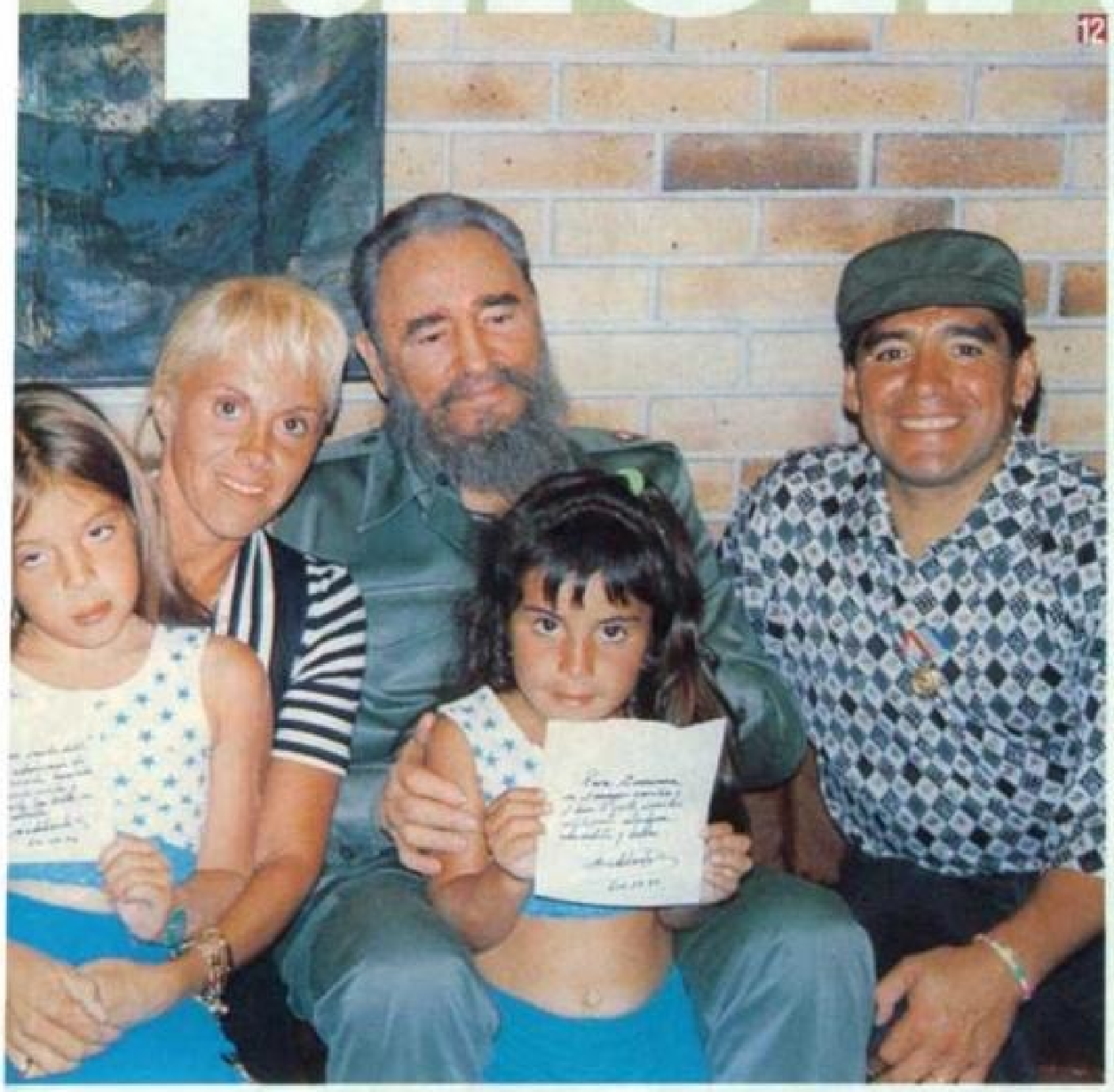

9


10



11

quién andas...


12


13


14


15


16


17


18


19

1 *Un encuentro propiciado por EL GRAFICO. El 9 de abril de 1979, Maradona viajó a Río de Janeiro y conoció a Pelé. El tiempo los iría distanciando.*

2 *Junto al ex presidente Raúl Alfonsín, en una visita al país mientras jugaba para el Barcelona. También supieron encontrarse en Roma durante una gira del mandatario.*

3 *El cálido diálogo con Juan Manuel Fangio. A Diego también le fascina la velocidad.*

4 *Dos genios se divierten. Charly y Diego se profesan una admiración incondicional. Se juntaron cuando el Diez regresó a Boca.*

5 *La charla privado con Su Santidad, Juan Pablo II. También lo visitó junto a la Selección.*

6 *¡Qué pinta! Diego y Carlos Monzón en una noche de gala.*

7 *Cuando el alemán Franz Beckenbauer brillaba en el Cosmos se organizó un par de enfrentamientos con el Argentinos de Diego.*

8 *¡Quién diría! Alguna vez entre Maradona y João Havelange hubo sonrisas. Atrás, el actual titular de la FIFA, Joseph Blatter.*

9 *Con el holandés Johan Cruyff, otro gigante que brilló en el Barcelona.*

10 *Pinta de cantante no le faltaba. Admiraba a Queen y se dio el lujo de retratarse con parte de la banda.*

11 *Idolos de dos parcialidades antagónicas, pero hermanados por la amistad. Enzo Francescoli, una debilidad de Diego.*

12 *Un gusto de reciente concreción. Visitó a Fidel Castro en Cuba, junto a Claudia y las pequeñas Dalma y Gianinna.*

13 *A las carcajadas con Magic Johnson. Cuando el genio del basquet pasó por el país el Diez dejó todo y fue a conocerlo.*

14 *Juan Carlos, el rey de España, le destinaba veinte minutos a cada visitante. Con Maradona estuvo una hora y media...*

15 *Otros tiempos. Un Carlos Menem, todavía de patillas, propone el brindis. Diego ya era rey del fútbol, el riojano soñaba con la presidencia.*

16 *Cara a cara con Alfredo Di Stéfano en un banco de La Paternal. Amanecía el crack y El Di lo aconsejaba.*

17 *Otro encuentro propiciado por EL GRAFICO. Diego se consideraba uno de los principales fanas de Gabriela Sabatini. Cada vez que podía, se hacía una escapada para verla.*

18 *Un cabeza con el príncipe Alberto, de Mónaco, en una fiesta teñida de glamour. Siempre se codeó con el jet set.*

19 *La sonrisa cómplice con Luciano Pavarotti, un Maradona de la ópera, un admirador consecuente de Diego.*



ITALIA A SUS PIES

San Diego

Dígame una cosa, Fuica, ¿no se podría hacer algo por Maradona?

El sacudón fue terrible. Atemorizante. Es más: ni siquiera esperó la respuesta del interlocutor. Un tremendo pozo de aire conmovió al vuelo 359 de Alitalia, que había partido del aeropuerto catalán de El Prat, con destino a Milán, a las 11.30 de aquel **8 de mayo de 1984**. Una jornada que se desdibujó en la nebulosa del tiempo, pero que alguien debería anotar en la historia como **el día que Maradona empezó a ser jugador del Napoli**.

El nudo en el estómago les quitó la respiración a todos los pasajeros, incluido el plantel del Barcelona, contratado para jugar un amistoso con el Udinese de Zico y Cía.

Lo quiso el destino, nadie más. Al lado del empresario futbolístico Ricardo Fuica –un correntino radicado en Valencia–, se sentó un italiano que resultó ser amigo de un allegado a la directiva del Napoli. Palabra va, palabra viene, el italiano se empapó de la crítica situación que envolvía la relación entre el club catalán y Maradona. Y se apuró en llevar agua para su molino.

–Yo conozco al director deportivo del Napoli, Antonio Juliano.

–Yo también. Le digo más: tengo que llamarlo porque estoy tratando de cerrar el pase de Sócrates. Corinthians quiere venderlo, así que hay posibilidades...

–Y bueno, de paso pueden hablar de Diego...

El teléfono enrojeció al día siguiente. Fuica le pintó un panorama muy realista a Juliano.

–Maradona está harto de Núñez y de que le echen la culpa de cualquier problema. Está angustiado, quiere cambiar de aire, no simpatiza con Terry Venables, el reemplazante de Menotti... En fin, es el momento justo para tentarlo...

–¿Usted me puede hacer un contacto con Núñez?

–Sí, pero lo mejor es hablar primero con el representante de Diego, con Cyterszpiler.

Dicho y hecho. No sólo hablaron, también se encontraron, con *blooper* incluido. ¿Por qué? Porque el 23 de mayo, ni bien Juliano puso un pie en Barcelona, se alojó en el hotel Princesa Sofía, que pertenecía a Joan Gaspar, el vicepresidente del Barcelona...

–¡Váyase cuanto antes de acá que nos van a descubrir!,– le espetó Cyterszpiler, no sin antes diagramar un encuentro para el día siguiente en la casa de Diego.

Después, sí, el contacto con Núñez. La propuesta fue un **regalo del cielo** para el atribulado presidente. Quería desembarazarse de Maradona. El viernes 25 convocó a una reunión ultrasecreta de la Directiva, apeló a toda su oratoria para seducirlos y logró que la votación fuera **15–5** a favor de la venta. Y al día siguiente, a las 11 de la mañana, hubo una reunión cumbre: Núñez y Gaspart, por el Barcelona; el presidente Corrado Ferlaino, Antonio Juliano y el consejero Antonio Tagliamento, por el Napoli. Y Cyterszpiler representando al jugador.

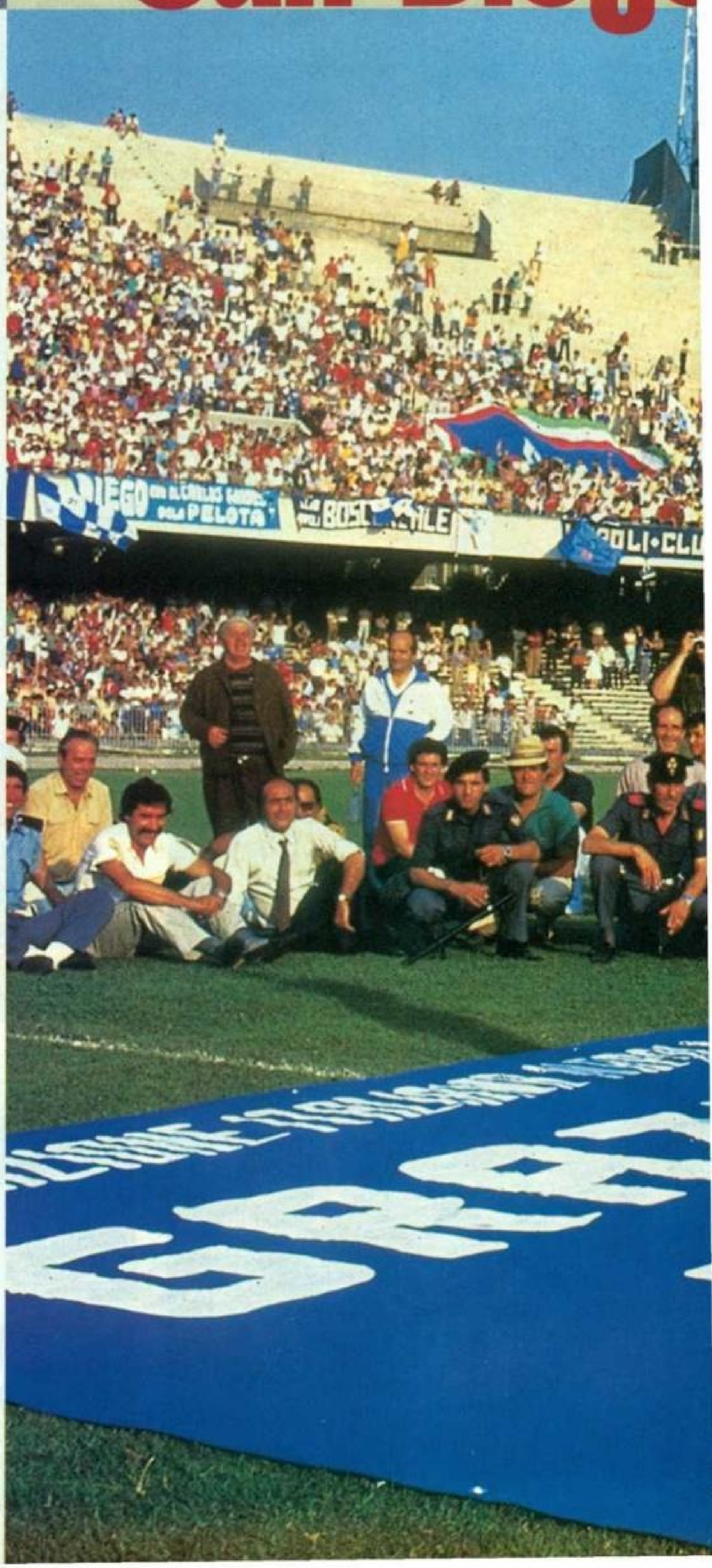
Marchas, contramarchas, pocillos de café, cigarrillos a medio fumar, litros de agua sin gas, decenas de bocadillos y un preacuerdo que luego se sellaría como definitivo: **7.500.000 dólares** por el pase, más **800.000 dólares** de prima anual para Maradona.

El ingenuo de Núñez sonrió. Creyó que se sacaba un paquete de encima...

Un milagro de San Gennaro

–¡San Gennaro ha fattu u miracolo, ha fattu u miracolo!

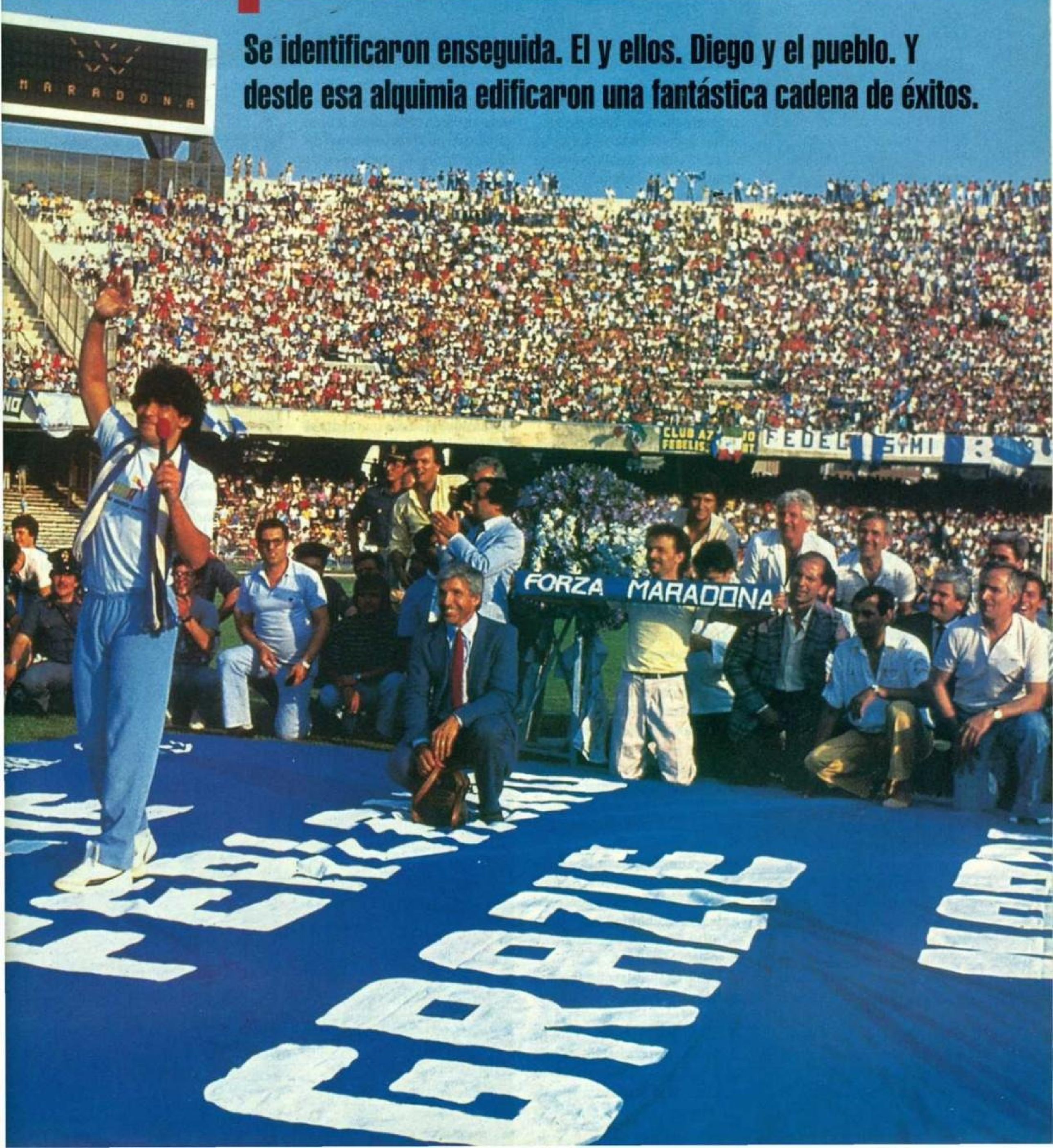
No, todavía no se había licuado la sangre del Patrono de Nápoles. Cientos, miles de tifosi bailoteaban frente a la Catedral, se arrodillaban, agradecían al cielo, cantaban con deliciosa disfonía por el otro milagro, acaso el más esperado por una ciudad que vivió en vela durante una semana: el Barcelona había accedido a la venta de Maradona apenas **quince minutos antes del cierre definitivo de las**



de Nápoles

Jueves 5 de julio de 1984. Delirio en el estadio San Paolo. Maradona saluda a las ochenta mil almas que se han reunido sólo para verlo, para saber que es verdad, que ya está allí para llevarlos hacia el bendito Scudetto.

Se identificaron enseguida. El y ellos. Diego y el pueblo. Y desde esa alquimia edificaron una fantástica cadena de éxitos.





Acaso el gol más importante de la carrera de Diego en el Napoli. Fue el 3 de noviembre de 1985, para sellar el 1-0 ante la Juventus. Recibió el toque corto de Pecci y la colgó del ángulo. Platini lo aplaudió...

¿¡Cómo dijo!?

La noticia del posible arribo de Maradona revolucionó Nápoles. Por aquellos días de negociación tumultuosa, en el golfo no se hablaba de otra cosa. Maradona, Maradona y Maradona. Mañana, día y noche.

Mientras se desarrollaban los sondeos preliminares, un periodista le preguntó la opinión al presidente **Corrado Ferlaino**...

-Maradona es un buen jugador, pero no sé si conviene traerlo. Yo preferiría que viniera otro. Sócrates, por ejemplo...

¡Para qué lo habrá dicho!

A la mañana siguiente, una turba de tifosi indignados atacaron su mansión con todo lo que tuvieron a mano: piedras, palos, botellas. No quedó ni un vidrio sano...

Los periodistas volvieron a consultar el parecer de Ferlaino.

-Maradona es nuestra prioridad. Lo quiero sí o sí en el Napoli.

Al otro día, tocaron el timbre. Cuando abrió la puerta, se encontró con un grupo de hinchas que venían a regalarle flores. Por supuesto: eran los mismos que le habían destruido la casa...

fronteras italianas para los jugadores extranjeros hasta 1986.

Pasional y tumultuosa, cómplice de las promiscuidades y la sencillez, la ciudad cabalgaba en éxtasis a la espera del nuevo Mesías.

Maradona preparaba las valijas en su residencia de Pedralbes, luego de una titánica batalla con los directivos catalanes para imponer sus condiciones en **la carnicería de la rescisión**. Pero no era ajeno a la fiesta. Sabía que en Nápoles pasaban cosas...

El Duomo había tenido una afluencia mayor a la habitual. Era la legión de tifosi que le agradecía a San Gennaro la gracia recibida.

En una semana se habían vendido **50.000 placas** de un disco compuesto por Emilio Campase, un reconocido ultra napolitano. De un lado, el *"Tango a Maradona"*, con la música de El Choclo, y del otro, el *"Himno a Maradona"*. Un verdadero boom en los barrios populares como Forcella, Vicaria...

Las paredes de Posillipo, el barrio donde habitaría el astro, ya estaba pintadas con la imagen suya y una leyenda bien argentina: *"Vamos Maradona, todavía"*.

En la céntrica Vía Soccavo, decenas de chicos ya vendía un *pupazzo* de rulos y de tela, una suerte de muñeco maradoniano con la camiseta diez, que la multitud adquiría para llevarla como **amuleto**.

Unos doscientos chicos, nacidos durante la semana, **fueron bautizados Diego Armando**, soñando con el padrinazgo de Maradona.

En las últimas elecciones comunales ya se habían escrutado **25.000 votos** para el inexistente candidato Maradona.

Y todo eso pasaba mientras Diego hacía la valija...

El mandato divino

Dos cientos policías. Ni uno más, ni uno menos. Serios, enjutos, ceremoniosos. Rodean el avión de Alitalia que acaba de posarse sobre la pista de Fiumiccino como si fuera el cofre de un **tesoro escondido**. El sol martilla. Es mediodía y no hace falta controlar ningún pasaporte. Ese señor es Maradona y punto. Que se suba al Range Rover y que enfile por la autopista A 2, nomás, que Nápoles lo espera. Directo al San Paolo, para la primera revisión médica. Directo al San Paolo, para estaquearse sobre el césped y quedarse mudo y pensativo durante algunos minutos, como escudriñando el terreno para futuras hazañas. Y de ahí al puerto, a tomar un aliscafo hacia la isla de Capri, donde dormirá el sueño que al día siguiente, el **5 de julio de 1984**, se hará realidad...

Inundaron el estadio con la prepotencia de la pasión. Ochenta mil almas apiñadas, sudorosas, rugientes. Ansiosas por el mínimo espectáculo posible: verlo, contarlo entre ellos, sentirlo real. Proclamaron su amor en banderas: *"Maradona, ere* –sin ese– *el Carlos Gardel de la pelota"*. Aprendieron de memoria las cuartetas del Himno, convencidos de que ese **Dios terrenal** los llevará a conseguir el primer Scudetto de la historia, a consagrar la victoria del Sur empobrecido ante la opulencia opresiva del Norte enriquecido...

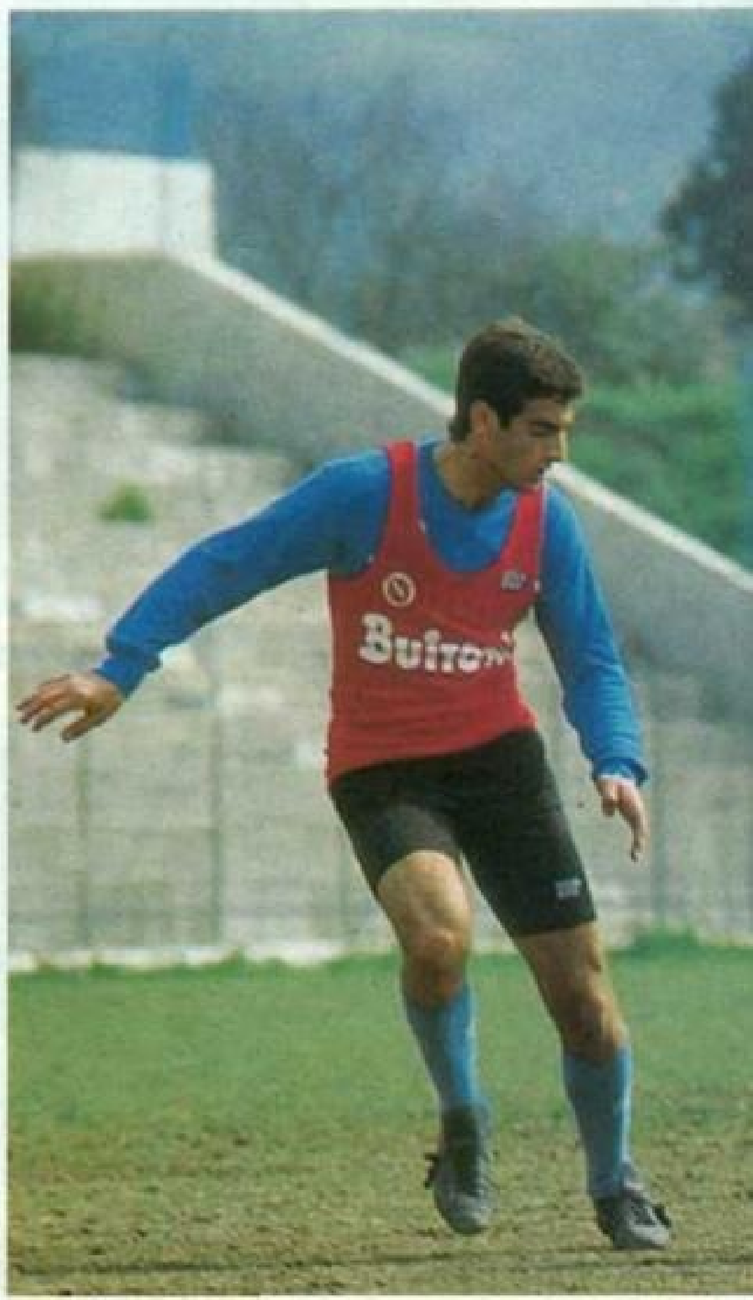
"Maradona ocupate vos / si no sucede ahora, no sucederá más / la Argentina tuya está aquí / no podemos esperar más"

Ochenta mil almas y ningún partido. Ochenta mil almas y un hombrecito que, a las 18.25, pisó la gramilla con sencillez, como pidiendo permiso para transitar una tierra que ya le pertenecía. El San Paolo se pareció al Vesubio en erupción. Desde la tribuna llovían cohetes, papeles multicolores, claveles celestes y blancos, globos. Los unía un grito, los hermanaba un alarido: *"¡Diecó! ¡Diecó!"*

Sonriente, conmovido y con una



Diego camina plácidamente al lado del técnico Ottavio Bianchi. Empezaron bien, terminaron mal.



El diez la deja chiquita en un entrenamiento. El sueño de los tifosi se cumplió en el tercer torneo.

Tres protagonistas, dos partidos, tres camisetas. Bertoni, Passarella y Diego. Napoli-Fiorentina. Y antes, Barcelona-Fiorentia. Comenzaba el boom argentino en Europa.





bufanda napolitana al cuello, Maradona inició una caminata serena. Una vuelta olímpica matizada por saludos tímidos y besos a las tribunas. Cuando completó el giro, avanzó hasta la mitad de la cancha, donde reposaba una bandera gigantesca, una alfombra con dedicatoria: *"Gracias, Ferlaino. Gracias, Napoli"* Allí tomó un micrófono y pronunció un discurso memorizado en italiano: *"Buona sera, napolitani. Sono felice di essere con voi. Forza, Napoli"*.

Entonces le acercaron una pelota y así como estaba –jeans, remera y zapatillas– hizo 'jueguito' dieciséis veces, igualito que cuando era atracción en los entretiempos de Argentinos, y le pegó fortísimo, de volea, como una ofrenda hacia las tribunas.

El San Paolo rugió. Y en el alarido iba implícita la entronización.

Maradona no necesitó jugar para ser el Rey de Nápoles...

Un pacto de amor

–¿Y, Diego, cómo la llevás?

–Me duelen hasta las pestañas...

Daniel Bertoni no pudo contener la carcajada. La habitación 33 del hotel Imperio, en el pequeño poblado de Casteldepiano, le brindaba la privacidad suficiente para despacharse a gusto, sin que Diego se sintiera ridiculizado frente a sus compañeros.

En las montañas de la Toscana, a 1.800 metros sobre el nivel del mar, Maradona y el Napoli iniciaban una pretemporada devastadora, que se extendería desde el 24 de julio hasta mediados de agosto.

Los ejercicios eran dignos de la preparación de un **batallón de comandos**, pero a Diego no le importaba. Le dolían los músculos, pero el alma estaba tibia, reconfortada.

Alquimia. Eso se había generado entre él y los tifosi. Un pacto tácito, natural: **ellos lo amaban y él les brindaba todo**. Así de simple. Tanto lo amaban, que hasta hicieron la pretemporada. Porque todos los días, de mañana o de tarde, con sol o sin él, dos mil hinchas se apretujaban en las graderías rudimentarias del estadio local. A verlo, a vivarlo, a cuidarlo. Igual que aquella primera tarde, la del protocolo de la presentación.



Una operación matemática sirve para dimensionar el fenómeno: 1.700 por 20.000. Lo explicamos: 20.000 napolitanos recorrieron los 1.700 kilómetros que separan a su ciudad de Pistoia para ver un entrenamiento semiformal, con el Pistoiese. El primero en el que Diego se calzó la camiseta celeste. Después vinieron otros, también de entrenamiento, incluyendo uno con la Sampdoria, donde convirtió un golazo. Recibió de espaldas, la durmió de pecho y la colgó en el ángulo con un derechazo fantástico. **Antonio Juliano** se acordó de algo y se lo dijo después, en el vestuario...

–Sólo a Pelé le he visto hacer un gol así, en un Napoli–Santos de hace años...

Diego sólo sonrió. No le gustaban las comparaciones. Y menos con Pelé. Quería ser Maradona, una estrella con luz propia...

Paradojas del destino: **el debut en el San Paolo fue ante River**, que andaba de gira por Europa. Entradas agotadas con una semana de anterioridad, fiesta popular, 85.000 feligreses y una **puesta escenográfica digna de la Bombonera**: una bandera xeneize flameando en el sector del *"Comando Ultra"* y una **gallina suelta** para saludar el ingreso de River...

Todo en función de Diego. Para que se sienta como en casa.

Pero el partido fue chiquito, sin emociones. El Tolo Gallego le hizo hombre en campo de River, le comió los tobillos, trató de entorpecerle los movimientos. Y Diego zafó con talento y categoría, pese a evidenciar la dureza de la pretemporada. Le anularon un gol con la mano– ¡qué costumbre!– y lo despidieron con aplausos tibios y respetuosos, depositando la ilusión en un plazo fijo que, de todos modos, no parecía rentable. Aquel equipo de **Rino Marchesi** tenía la fantasía de Diego y la pólvora de Bertoni, pero poco más. Celestine, Dal Fiume y Casale, los tres escuderos maradonianos de la mitad de la cancha, **jugaban a otra cosa**. No sintonizaban la onda. En el tamiz de las proyecciones sólo quedaba el buen ánimo de Diego, su felicidad creciente. Lo dijo él mismo, asumiendo riesgos, sin ningún complejo...

Los napolitanos lo amaron desde el primer instante. En una semana, se vendieron 50.000 placas del "Himno a Maradona", compuesto por un ultra. Cuando Diego llegó a la ciudad, ya se lo sabían de memoria...

–El fútbol es mi modo de expresión. Cuando me siento bien, soy capaz de hacer feliz a la gente. Y en Nápoles me siento bien. No soy el Jesucristo del fútbol. Pero si Dios me dio el don de saber jugar, me tengo que sentir orgulloso y compartirlo. Con todos los napolitanos y también con los argentinos, que son tan sufridos como ustedes. Sé que nos falta, pero el Scudetto es posible. Yo me animo a ganarlo.

¿El sitio equivocado?

Diciembre de 1984. **Frío en Nápoles, calentura en el Napoli**. No con Diego, sí con el equipo, con el técnico Marchesi, con la actitud



Grito visceral, grito napolitano. Al principio, los norteños le gritaban "terrone" ("cabecita negra"). Después, quisieron comprarlo. Pero no se traicionó.

general. Vale la reflexión de Gennaro Buciogrossi, un taxista que orienta a un periodista argentino en plena excursión napolitana...

–Maradona es un buen muchacho, pero está en el sitio equivocado.

–¿Por qué lo dice?

–Haberlo traído a jugar a este equipo del Napoli es como hacerlo cantar a Pavarotti en el teatro de bataclán...

Pruebas al canto. La semana anterior, Napoli le estaba ganando 1–0 al Inter, en Milan. Pero se aferró al amarretismo, retrasó líneas, resignó grandeza y terminó como debía: 2–1 abajo, a dos minutos del final. Más que un técnico, **el equipo necesitaba un psicoanalista**. Su personalidad era un tembladeral. Y a la gente le encantó la autocrítica descarnada de Maradona.

–El Napoli debe cambiar. Necesita una transformación general. No me refiero a los nombres, sino a la mentalidad. Hace falta personalidad para sobreponerse a los problemas, para jugar igual en todas las canchas. No estamos a la altura de lo que quiere el club. Y yo me anoto primero en la lista. Tienen razón los que silban, este no es el camino...

Ferlaino sabía que Maradona tenía razón, pero creyó que se había extralimitado. Así se lo hizo saber el técnico Marchesi...

–No me gustó lo que dijo, presidente. Tendría que haberlo dicho dentro del plantel.

–Puede ser, Rino, pero hay que entenderlo. El viene del Barcelona, recién se está amoldando...

Distinta fue la reacción de los tifosi. Dijo lo que querían escuchar, se los metió en el bolsillo. Tocó una cuerda emblemática: los pobres también pueden ganar, sólo deben proponérselo...

Sergio Troise, un periodista del diario *Il Mattino*, le acercó su diagnóstico a Ferlaino.

–¿Sabe qué necesita el Napoli? Un caudillo. Maradona no quiere serlo, pero el vacío es tan grande que lo va a ocupar, aún contra su voluntad... No vino hasta acá para perder el tiempo. Pero usted lo tiene que cuidar. ¿Cómo puede ser que todavía lo tenga viviendo en el hotel Royal?

Pequeño detalle: el diez estaba saturado del acoso evitable del hall. En una casa confortable, con vista al golfo, adquiriría un bálsamo de privacidad. La perspectiva para aferrarse con las dos manos al timón. Y la encontró cuando se aceleraron los papeles y se zambulló en un departamento de tres dormitorios, en la Via Scipione Capecce 3 B, con la postal del golfo pintada en los ventanales.

–Es lindo este, derpa, acá voy a estar tranquilo...

Por delante había una gesta. Un desafío superior que el pibe de 24 años no pensaba gambetear.

En la Scala o en el bataclán, Pavarotti tenía que cantar...

El taxista lo definió sin anestesia: "Traerlo a Maradona para jugar en este Napoli es como llevarlo a Pavarotti a cantar al bataclán..."

Raza napolitana

Fue una **metamorfosis** lenta, paulatina, inexorable. Construida ladrillo a ladrillo, toque a toque. Edificada por un arquitecto genial que, sin embargo, no renegaba del overol, se arremangaba como cualquier obrero y conservaba los anillos.



La famosa "cadenita" para elongar. La relación del Pelusa con sus compañeros siempre fue óptima.

Era la bandera del Sur pobre y postergado, pero se plantaba en la fertilidad del Norte y les mojaba la oreja. Tal cual como lo describió *Il Mattino*: ***"Maradona une a Nápoles y la divide del resto de Italia".***

Duro, durísimo el primer campeonato. Quedó dicho: una diferencia abismal entre las luces de Diego y la oscuridad del resto. Pero la cortina de la temporada se bajó con la serenidad del deber cumplido: **octavo puesto**, afuera del diccionario la palabra descenso, la sensación intransferible de un pro-



La pelota domesticada, el rival lejos e impotente, la camiseta alternativa para enfrentar al Verona y seguir escribiendo la historia.



Una perlita. Amistoso con Racing, en 1988. Y el Napoli con una camiseta alternativa tan bonita como sorprendente.



Los hermanos sean unidos. Noviembre de 1985: Lalo, Diego y Hugo en Scalea (Calabria). Un amistoso organizado por UNICEF.



Noviembre de 1987. Esta vez, con la casaca del Granada, en un amistoso contra los suecos del Malmoe. Fue victoria por 3-2.



Mayo de 1989. Con casaca improvisada, el trío jugó para la Selección Nacional ante el Ternana, de Italia. Ganaron 7-2.

Sigan al marciano...

Un par de días antes de la llegada de Diego, Nápoles lucía esplendorosa y agitada. Advirtiendo la punta del negocio, los pequeños empresarios del comercio ambulante pasaban las noches en vela confeccionando souvenires precarios, pero que se venderían como pan caliente.

Uno de ellos era **Mario Silverman**, un argentino a quien todos conocían como *El Marciano*. Hombre con netas inclinaciones lúdicas, tuvo un pálpito y no dudó en apostarlo para la quiniela del viernes. Le puso unos billetes al 10, por la camiseta de Maradona, y al 13, por la cantidad de millones de liras desembolsadas por la transferencia.

El rumor de su apuesta se desparramó por toda la ciudad. Cientos de napolitanos se engancharon en el pálpito y le apostaron al 10 y al 13. Y ambos números salieron premiados. A grosso modo, cerca de 30.000 napolitanos se beneficiaron por ese guiño del azar, condenando a la banca rota a varias mesas del juego ilegal.

Maradona todavía estaba en Barcelona, pero ya les daba satisfacciones...

ceso en marcha, de una proa que apuntaba, por fin, a un puerto de grandeza.

Una ráfaga. Suficiente para delimitar los presagios. Once goles en los meses iniciales de 1985, una muestra devastadora, asombrosa, impregnada de un preciosismo impropio para el medio. De una belleza que bien envidiaban los opulentos del Norte, aunque **sólo estaban habilitados para sufrirla**.

El plantel también entró en el cambio. Se alejó Marchesi y se calzó el buzo de *allenatore* el estricto **Ottavio Bianchi**. Un pragmático que enarbolaba un denominador común con Maradona: **sed de gloria**. Se fueron jugadores de una indudable segunda línea y el grupo se enriqueció con la irrupción de valores de otra categoría: Giordano, Ferrara, Bagni, De Napoli, después Careca...

En la temporada 1985/86, Napoli y Diego estuvieron más cerca. Por fútbol, por protagonismo, por audacia, por prepotencia futbolera y por el imperio irrefutable de las matemáticas: terminaron **terceros**. Y con varias frutillitas para el postre: triunfo ante la Juve, victorias frente al Inter y al Milan...

A Ferlino lo consumía la excitación.

–¿Cómo estamos para el próximo Diego? ¿Qué falta?

–Un poco de suerte, presidente. Los que le dije están asustados. Tienen a Platini, a un montón de fenómenos, pero nos tienen miedo. Déjelos que cuelguen banderas. Que hablen pavadas, nomás, que nosotros jugamos.

Banderas... ¿Qué banderas? Algunas que pendían cuando el Napoli y sus ultras desplegaban las alas de su circo candoroso en el norte del país: *"Bienvenidos a Italia"*. Pavadas... ¿Qué pavadas? Gritarles *"terrones"*, algo así como *"cabecitas negras"*.

–Justo a mí me quieren correr con eso. Como si no supieran que yo nací cabecita negra, y a mucha honra...

Por eso le gustaba Nápoles, también. Por el tinte marginal, por los laburantes que peleaban en el fango, por **la vehemencia de lo popular**, por los pibes que se ganaban las monedas trabajando duramente, pero con alegría, como los pibes de Fiorito...

Eso lo tenía adherido a la piel. No lo modificaba nada: ni el éxito inminente, ni la chequera borracha de ceros, ni nada. Diego había adoptado la ciudadanía napolitana, se sumaba como uno más entre ellos, se mezclaba en sus humores, en sus furias, en sus pesares.

Una noche acordó una cita con amigos y sus hermanos, justo después de un partido por la Copa de Italia. Algo convencional: cena de camaradería en el restaurante *Ciro Naso e' cane*, es decir, *Ciro nariz de perro*, a pura porción de pizza. Salió del San Paolo con un bulto envuelto en papel madera. Al rato de llegar, sin pronunciar palabra, se



Maradona y la belleza del golfo de Nápoles. Era el paisaje que veía cada mañana al despertar. Lo que se dice un paraíso.

FIESTA DE PUEBLO

Imágenes, pinturas inolvidables de la devoción napolitana por Maradona. En la calle, en el estadio, en todas partes. A Diego le entregaron un mandato divino y no los defraudó. Les acercó la gloria que tanto deseaban, que tanto se les negaba. Y lo premiaron con un amor tan puro como innegociable.



levantó de la mesa y fue hasta la vereda con el paquete en la mano. Afuera había un *scugnizzo*, un **chico de la calle**. Medias caídas, pelo arremolinado, pantalón zurcido... Maradona abrió el paquete, sacó su camiseta del Napoli, se la entregó con un beso y volvió a la mesa. Volvió y no dijo nada. Ninguno supo cómo, dónde y por qué asumió ese compromiso. Así era, así vivía.

Otro ejemplo. Cierta tarde **visitó la cárcel** napolitana de Filangieri. Pero al llegar se encontró con una sorpresa inesperada: periodistas y fotógrafos, convocados por el encargado del penal. Diego montó en cólera. Increpó duramente a los responsables y les pidió a los paparazzi que no tomaran ninguna foto: *"No quiero que nadie se entere de esto, lo hago porque tengo ganas, nada más"*. Y después se quedó tres horas con los presos más jóvenes. Contó chistes, se interiorizó por algunas historias y hasta confesó que cierta vez **estuvo detenido** algunas horas por haber discutido con un cazador de autógrafos. *"Me metieron en una celda* –dijo entre risas–, *pero a la media hora me hice amigo de todos los presos, nos pusimos a comer sandwiches y me pasé la madrugada haciendo jueguito con una naranja. A las seis de la mañana, el comisario se cansó y me mandó para casa..."*

Maradona todavía era **uno más**. Querible, auténtico, al alcance de la mano...

Días de gloria

No hay rosas sin espinas. Y en la rampa ascendente sufrió lastimaduras leves. Se le acotó la privacidad, **finalizó la relación laboral con Jorge Cyterszpiler**, sufrió los vaivenes de un proceso clasificatorio complicadísimo con la Selección Nacional, bancó lesiones musculares, defendió posiciones a capa y espada, sumó adeptos, polarizó opiniones, le aparecieron odios...

Pero junio de 1986 marcó una **bisagra inmortal**. Campeón Mundial en México, la coronación unánime como el mejor jugador del planeta, el cielo en un puño y la mano abierta para capturar más gloria...

–Soy el hombre más feliz del mundo, presidente. No le puedo exigir más a Dios, ¿sabe? Ya me dio mucho. Pero la otra noche me animé y le pedí un último favor: salir campeón con el Napoli. Y me escuchó, yo sé que me escuchó. Prepárese, presidente, que este año la cosa es como dice la canción: ahora o nunca.

–Si vos lo decís, yo pongo las manos en el fuego...

Ahora. Fue ahora, apenas unos días después del nacimiento de su primogénita, **Dalma Nerea**.

Un Maradona excepcional en la conducción, único en la rúbrica.

Un pueblo detrás, un equipo edificado como tal, la personalidad tantas veces reclamada, victorias en el Sur, triunfazos en el Norte, pata ancha en Roma, armaduras para la envidia, paso firme e incorruptible, goles y golazos, aquel partido decisivo contra la Fiorentina (1-1), el 10 de mayo de 1987, lágrimas, mares de lágrimas, carnaval ciudadano...

Napoli campeón. Por primera vez en su historia de enjundias y reveses, después de sacrificios proletarios y ambiciones recortadas...

Napoli campeón. Fiesta de pueblo y de camorra, rezos agradecidos y sollozantes, gloria de conventillo y mansión borbónica, alaridos y desahogos, milagro...

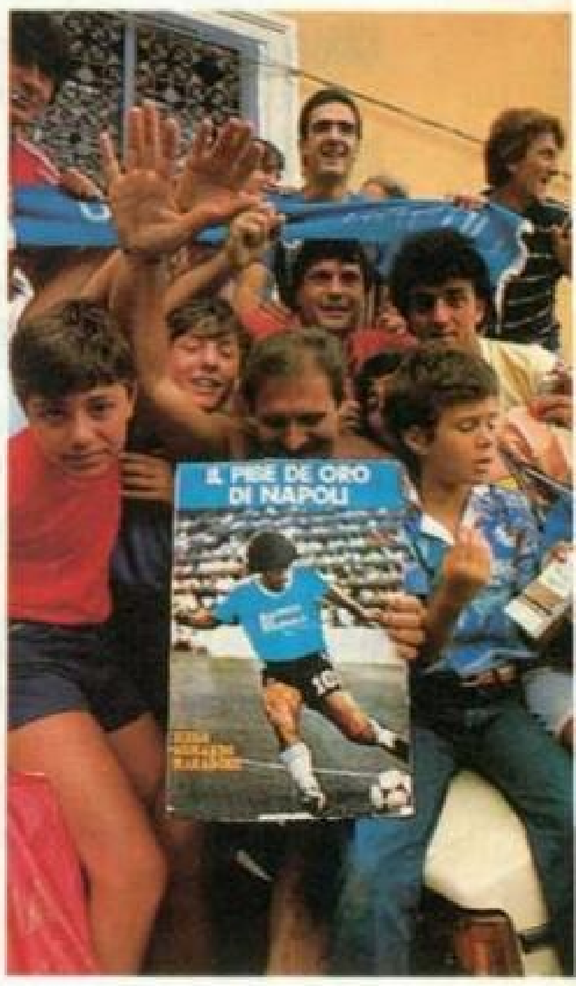
Milagro de Maradona, el nuevo santo del golfo: ***San Diego de Nápoles***.

A la epopeya de ese 1987 le faltaba el **toque de gracia**. La rúbrica dorada. El mojón prioritario era el Scudetto. Pero también estaba la **Copa de Italia**. Segundo torneo en la jerarquía local, pero siempre tentador para un club habituado a las poltronas de retaguardia. Y...

La cautela gobernó en las batallas del comienzo. Una victoria, otra, el pase de ronda, el funcionamiento *in crescendo*, un optimismo discrecional.

















Rodeado por sus hermanos, con la consagración erizándole la piel, llamó a Buenos Aires para compartir la alegría con sus seres queridos. Estaba viviendo una temporada fenomenal. Campeón con la Selección y con el Napoli...

Calor de hogar

A muchos napolitanos les extrañaba que Diego permaneciera en el departamento inicial, dejando de lado fastuosas mansiones con comodidades infinitamente superiores a su inmueble de tres dormitorios, living, cocina y baño. Pero el diez tenía una explicación...

-Vi millones de chalets y villas, todas muy lujosas, pero no encontré ninguna que tuviera calor de hogar. Por eso me enamoré de este derpa, aunque cuando vienen los viejos y mis hermanos casi que me tengo que ir a dormir a la bañera...

Pero el periodismo desnudó un dato que activó los resortes motivacionales de Diego. Sólo dos equipos ostentaban la cucarda de haber conquistado ambos títulos en un mismo año. El Torino de la temporada 1942/43 y la Juventus de 1960/61. Dos exponentes del norte, nada menos. A Maradona le picó el gustito de la **vendetta regional** y lo plasmó en cada declaración, en cada frase desatada como al pasar...

–Sí, claro que sería lindo ganar la Copa de Italia. Parece difícil, pero la explicación tal vez pase porque los postulantes eran siempre del norte. Nosotros, los del sur, no somos de desaprovechar chances. Ni en el fútbol, ni en la vida...

Y fue un andar mortífero, una cadena de victorias que lo catapultó a la final con un rendimiento ideal: diez jugados, diez ganados; 24 goles a favor, 5 en contra. El hueso a roer era el **Atalanta**. Un adversario que se debatía en olas contradictorias. Finalista en la Copa, pero condenado al descenso por su paupérrima producción en la Liga.

Pero ese Napoli de 1987 **no cultivaba la misericordia**. En un San Paolo desbordado y desbordante, ganó 3–0 con una demostración de altísima calidad futbolera. Quedaba una sola estación: Bérgamo. Una cancha pequeña, una hinchada herida, un bastión de la descarnada ira norteña.

Conciliar el sueño fue difícil la noche anterior, en la **mansedumbre traicionera** del hotel Excelsior San Marco. Barullo callejero, teléfonos aullando en medio de la madrugada, ruidos impropios en los pasillos. Piedras, obstáculos de malicia...

Y en el atolladero de la cancha hubo que poner más entereza que fútbol. Querían bajarlos a lo guapo. Y la cosa pintaba de gris hasta que la zurda aterciopelada apuró un tiro libre y dejó a Giordano libre para convertir el gol de la victoria.

Cuatro mil napolitanos evitan los proyectiles de los ultras adversarios y alcanzar a verlo a Diego allá arriba, sobre los hombros de sus compañeros, con la camiseta blanca, el brazalete de capitán y la Copa en lo alto, cortando la oscuridad del cielo. Los jugadores se parapetaron en racimo para salir. Los carabineros apelaron a sus escudos de acrílico y, por fin, apareció la puerta del vestuario. En el umbral estaba Ferlaino. Diego le extendió la Copa de inmediato...

–Lo prometido es deuda.

–Gracias, Diego. Gracias por regalarme el año más hermoso de mi vida.

Mediados de junio de 1987. El idilio perfecto, sin terceros en discordia...

La manzana de la tentación

–Mire, voy a ir directo al grano: quiero a Maradona en el Milan cuando se termine su contrado con el Napoli.

Silvio Berlusconi, el magnate de los billetes todopoderosos, le clavó el aguijón sin anestesia a **Guillermo Cóppola**, *"el talentoso ministro de finanzas de Maradona"*, según la risueña definición de la prensa napolitana. El amigo, confidente y nuevo timonel de los destinos maradonianos en las arenas napolitanas.

Por los ventanales de podía apreciarse la magnificencia de *Milano 5*, su residencia de las afueras de la ciudad: parque, campo de golf, caballerizas...

Un panorama holliwoodiano bien acorde con la última frase del furtivo encuentro...

–Mejoro la oferta del Napo-



Las marcas a presión no frustraron su picardía. Siempre se las ingenió para marcar diferencias.



Los puños cerrados, la sonrisa encendida, el estadio enloquecido. Maradona celebra el primer Scudetto, después de una lucha titánica. Ya podía darse por satisfecho, pero iría por más...

li. Cueste lo que cueste.

El contrato de Maradona vencía dentro de 18 meses, en junio de 1989. Pero Berlusconi anticipaba la jugada. Ya estaba curado de espanto, aburrido de pagar el café en los torneos de Liga.

Alguien abrió la boca, dejó correr el rumor. El asunto es que *Special*, el semanario deportivo orientado por **Gianni Miná** –un periodista muy amigo de Diego, al punto que compartían un espacio televisivo en la RAI–, difundió el encuentro.

El estremecimiento enfrascó a Nápoles. Exaltados, los tifosi peregrinaron hasta la casa de Diego para pedir explicaciones cara a cara, de vereda a balcón.

El presidente Ferlaino quedó helado. Imaginó una **traición**. Intuyó un movimiento macabro del entorno de Diego para precipitar un arreglo. Tejió, en definitiva, **conjeturas erróneas** que le hicieron brotar una desconfianza injustificada. Pero actuó con la celeridad de un médico de emergencias. Convocó a Cóppola y Maradona a una cita imprevista y sobre la mesa les tiró un precontrato irresistible, con vigencia hasta junio del 2003: **1.500.000 dólares** anuales, premios dobles para los partidos de visitante, un **25%** de las ganancias producidas por los amistosos...

Apagó el incendio, pero archivó el episodio en un casillero abarrotado de malicia. No lo hacia por capricho...

Un grito, una traición

–¿Me parece a mí o Diego está hecho un avión?

–No te parece: está hecho un avión.

Fernando Signorini, el preparador físico personal de Maradona, lo sacó inmediatamente de la duda a **Guillermo Cóppola**.

Cuánta razón tenía. Después de beberse la gloria de una **temporada angelical**, el mejor jugador del mundo usó el derecho de admisión y le negó el acceso al aburguesamiento. Lejos de dormitar en los laureles inéditos, se autoexigió. Aprovechó un paréntesis en la competencia y se internó en una clínica de Merano para desintoxicarse. Respetó una dieta estricta, adquirió una **cultura alimentaria** que desconocía, armonizó el metabolismo y se estacionó en los 70 kilos, unos gramos por encima del peso que tenía cuando desembarcó en el Barcelona.

Signorini lucía orgulloso. Cóppola, ni hablar...

–Está en un nivel parecido al del Mundial de México.

–¿No estás exagerando?

–No, para nada. Lleva una vida más ordenada, administra los esfuerzos por la madurez que le da tanta competencia, lo serenaron los títulos... Está para más.

¿Más todavía? Claro, más. Napoli se disfrazó de potencia por derecho propio. Por **portación legítima de Maradona**. Partenaire empieza con la misma letra que protagonista. Y eso eligieron Diego, Bianchi y los tifosi. Protagonismo puro. Eran tiempos de la ***"Fórmula Ma–Gi–Ca"***: Maradona, Giordano y Careca. Una trilogía con licencia para aniquilar. Dispuesta a lacerar defensas en cualquier estadio...

Una pizca. Sólo eso faltó en los dos scudettos siguientes. Fueron sendos subcampeonatos que supieron a poco, acostumbrados como ya estaban a mimetizarse con la trascendencia.

Pero el **18 de mayo de 1989**, dos días después del nacimiento de la segunda hija de Diego, **Gianinna Dinorah**, el Nápoli asentaría su estrella en el cielo internacional. Por primera vez en su historia, por obra y gracia del bendito ***San Diego de Nápoles***, conquistaba la **Copa de la UEFA,** ante el Sttutgart (2-1 y 3-3). Un título continental que barría con las dudas e instalaba a la institución en una cúspide inédita y melosa.

Hubo brindis. Copas en alto, burbujas de champagne, coros endiosados... Pero un observador avezado hubiera advertido cierta carencia de plenitud. Un *crash* tácito entre Maradona y Ferlaino, que se remontaba a una semana atrás, cuando el diez, martirizado por un **crónico dolor lumbar**, faltó al partido con Bologna casi contra su voluntad.

–Ojo, Guille, yo quiero ir. No fui con el grupo para reposar lo máximo posible, pero juego...

–No, Diego. Ferlaino dice que te quedes. Ya canceló tu reserva en el hotel.

Diego intuyó lo que después Ferlaino se encargaría de difundir bajo cuerda, desde el andar **viperino** de los rumores internos: ***"Ya no es el Diego de antes, especula, está en la cómoda".***

–¿Cómo puede ser tan turro? ¿Cómo va a dudar de mí después de cinco años? Con todo lo que hice por el Napoli... ¿No se da cuenta que me parto del dolor?

Maradona también archivó el **dardo envenenado**. Culpable indirecto, además, de un cuadro insólito, impensado. El 18 de junio, cuando Diego abandonó el San Paolo en un partido con el Pisa, parte de **la hinchada lo silbó** a él y a su familia. Era un grupo aislado, minúsculo, pero un grupo que había comprado la telaraña del discurso de Ferlaino.

Cansado de las humillaciones futbolísticas de Maradona, Berlusconi quiso comprarlo para el Milan. Ofreció fortunas, pero eso no era suficiente para que abandonara su gente, a su pueblo...



Locura en el vestuario napolitano. Diego es el epicentro de la fiesta, el artífice de lo imposible. El sur empobrecido era rico en fútbol. Era campeón.


Concilio
DIVAL

Gloria a Dios en las alturas

¿Lo tenía a Maradona atajando? Fue durante una de las pretemporadas del Napoli, emmarcado por la belleza apabullante de los Alpes. Allí, al pie de las montañas, se gestó una epopeya futbolera sensacional.





Maradona tenía un dolor lumbar y pidió viajar más tarde para jugar con el Bolonia. Ferlaino creyó que mentía y le canceló la reserva. Jamás le perdonó que dudara de su palabra...



Careca, Maradona y Alemao. Sangre sudamericana para abrochar el segundo Scudetto napolitano. Los tifosi mezclaban banderas brasileñas y argentinas con las celestes del equipo.

Arriba, Diego ante el Atalanta, obteniendo la Copa de Italia. Abajo, una rareza: suplente, con la 16. Fue ante la Roma, en mayo de 1989. En el entretiempo hizo jueguito y lo ovacionaron.





El contraataque vendría después del olvidable paso argentino por la **Copa América '89**, en Goiania, coincidiendo con dos hechos puntuales: un tibio interés del **Olympique de Marsella** y la asunción de **Albertino Bigon** en reemplazo de Ottavio Bianchi, derrocado tras divergencias con Diego y el resto del plantel.

Era tiempo de **vacaciones**. Y Maradona decidió, en virtud de las ofensas gratuitas, que le asistía el derecho de finalizarlas cuando él creyera conveniente, y no cuando lo dispusiera el cuerpo técnico.

Pasaron **48 días**, nada menos. Un tiempo plagado de discusiones y amenazas verbales por vía de terceros, con enviados especiales cruzando el Atlántico infructuosamente, sin conseguir una mísera declaración de un Maradona que sólo encontraba un resuello enredado en las caricias de sus hijas.

Pero volvió. Como siempre: la frente alta, la voz clara para admitir la culpabilidad de retraso...

La impresión de bienvenida fue insuperable. La gente le ratificó la idolatría. Disimuló algunas rabietas tenues y se inclinó hacia la fortaleza de la gratitud. Sólo los muchachos de la Curva B le insinuaron ciertas incógnitas...

–¿Vas a jugar o no, Diego?

–Claro que voy a jugar, salvo que ustedes no me quieran más...

De boca de los compañeros no partió un solo reproche. Y el técnico Bigon le cayó bien desde el primer saludo en el campo de Soccavo...

–Bienvenido, Diego, es un gusto conocerlo. Ahora no se haga problemas, después charlamos tranquilo. Pero a mí no tiene que darme ninguna explicación. Haga de cuenta que empieza una etapa nueva, miremos para adelante.

Con Ferlaino también se reunió. A solas. Cara a cara. En Soccavo y con los teléfonos desconectados. Hubo reproches de los dos lados, concesiones privadas y reconocimientos públicos.

–Vos sos un grande, Diego, pero debes dar el ejemplo. Cometiste un error, tus derechos profesionales son iguales que los del resto.

–Puede ser, pero usted me defraudó. Dudó de mi. Y eso no se lo voy a perdonar jamás. Jamás.

Después, frente a los periodistas, ambos minimizaron el entuerto. Sobre todo Diego...

–Aclaramos todo y se terminó el problema. Si el club me quiere aplicar alguna sanción monetaria, la voy a aceptar. Soy consciente de que volví más tarde de lo previsto. ¿Qué le digo a la gente? Gracias por creerme. Gracias por quererme como siempre. Yo quiero ser el número uno. Y ahora ando con ganas de salir campeón otra vez. Así quiero pagarles tanta gratitud: con otro Scudetto.

La segunda fundación

Aplanadora, esa podría ser la palabra. La temporada 1989/90 empezó a los tumbos: Diego con vueltas menos, técnico nuevo, sistemas tácticos en proceso de gestación y un Milan avasallante, majestuoso, temerario, aquel de Van Basten, Gullit, Baressi...

Pero Maradona tenía **la motivación encendida**. Sus nenas, la buena onda del entrenador, el feeling con Careca y Alemao, la emoción que le provocaba la entrega de Ferrara y los resortes del orgullo, conformaron una zanahoria muy







REY DE COPAS

El puño en alto, celebrando el segundo Scudetto; la Supercopa de Italia ofrendada a la gente, después del 5-1 a la Juventus; la serena celebración por la conquista de la Copa de la UEFA, tras superar al Sttutgart. Postales gloriosas de jornadas únicas, irrepetibles y con un denominador común: Maradona.

Dos tipos audaces

En las horas críticas de la transferencia, los hinchas del Napoli se plegaron a cualquier tipo de sacrificio con tal de asegurarse el concurso de Maradona.

Gennaro Espósito, un desocupado de 120 kilos de peso, aportó su granito de arena. Después de un fallido intento de copamiento del consulado español en Nápoles, cuyo objetivo era "convencer" a los catalanes de que debían vender a Maradona antes del cierre del libro de pases, el bueno de Gennaro se encadenó a las rejas del frente, escudado en una suerte de estampita de Maradona que él mismo había confeccionado.

-De acá no me muevo hasta que se haga la transferencia.

Y no se movió...

Lo de **Carmelo Buttafuoco** hay que anotarlo en el rubro agradecimientos. Prometió que marcharía a pie hasta Pompeya si todo llegaba a buen puerto. Y así lo hizo el mismo día en que Diego posaba su anatomía en el San Paolo. Descalzo sobre el cemento hirviente de la ruta y acompañado por un burro, que es el símbolo del Napoli, llegó hasta la catedral y le agradeció a la virgen.

¿Las ampollas en los pies? Se le curaron en una semana...



tentadora para su alma de conejo. Y descontó las vueltas que le llevaban a su modo. Entrenando a la media noche, después de haber jugado un partido en Lisboa, exprimiendose en el gimnasio...

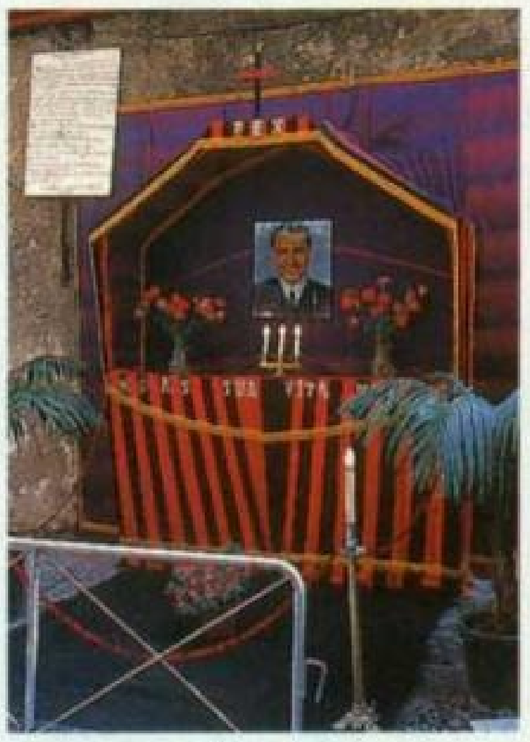
Se puso a punto. Y fue como si un día hubiera dicho: *"Bueno, basta, ahora empiezo a jugar yo"*. Y la descosió. El Milan era muy poderoso, claro. De hecho había punteado casi todo el torneo, la mayoría de esas 33 fechas en las que el Napoli sólo exhibió el ropaje de líder en seis. Y lo había vapuleado por 3–0 en el choque entre ambos, el 11 de febrero. Pero en la recta final, con Diego iluminado, el Napoli encarnó esa palabra: **aplanadora**.

Diez mil napolitanos lo testificaron en Bolonia, con un **Maradona supremo**, exquisito, rey. Fue un **4–2** a ritmo se sinfonía, mientras las radios acercaban otra música dulzona: Milan tropezaba con el Verona, Napoli quedaba dos puntos arriba y la semana próxima recibía a una versión devaluada de la Lazio. Con un punto aseguraría el segundo Scudetto desde la canonización de ***San Diego de Nápoles***.

Domingo 29 de abril. Primer milagro maradoniano: las tres familias mafiosas que se disputan Forcella, el barrio pesado de la ciudad, pactan una tregua semanal para plegarse a la celebración.

El San Paolo estalla. Hay 85.000 almas, millones de gritos, cientos de banderas. Los vendedores se llenan los bolsillos vendiendo frasquitos con supuestas **lágrimas de Berlusconi**, a setenta dólares cada uno. En la Via Forcella lo están velando. A Berlusconi, por supuesto. Los tifosi pasan, hacen como que sufren y lloran de risa por la leyenda que acompaña a sus fotos: *"Pax, morte tua, vita mía"*.

Fiesta. Con efe de fantástica, de formidable, de fenomenal. Diego salta a la cancha con Dalma y Gianinna en los brazos, las bengalas y el humo colorido decoran la delicia del volcán con forma de estadio y la muchedumbre ruge su canción predilecta: ***"Ho visto Marado-na / innamorato sto"***.



El "velatorio" de Silvio Berlusconi, en la previa del segundo y festejadísimo Scudetto.

El partido es un trámite liquidado con devastadora sencillez. Un cabezazo de Baroni, a los 7 minutos, clava la diferencia. Y la zurda de Maradona, sedante y lujosa, se encarga del resto.

Después de la vuelta, no parecía el gladiador inmenso que acababa de anotarse otro poroto en la gloria. Lucía tranquilo, sereno, pisando con placidez sobre los cinco centímetros de agua que tapizaban todo el vestuario, que era un carnal incontrolable motorizado por la polenta festiva de Alemao y Ferrara. Estaba en un rincón, el cuello besado por una bufanda, la camiseta todavía puesta y con destino establecido: Gianinna. Faltaba la otra, la del primer tiempo. Algún pícaro la había manoteado y el pato lo pagó el utilero...

–Ey, Tommaso... Más vale que esa maglietta aparezca, si no le regalo el Scudetto al Milan.

Habló por teléfono con su padre, que estaba en Buenos Aires. Lloraron juntos, le dedicó la victoria...

¿Qué más se le podía pedir a ese pequeño gigante, si ya lo había hecho todo? O casi todo, porque el sábado 1º de septiembre, después de la conmoción provocada en Italia por la eliminación de la selección azurra en el Mundial '90 por las travesura de los *Maradona Boys*, se despachó con la última ofrenda. En el San Paolo, ante esos feligreses que se animaron a mimarlo aún desde su angustia mundialista, el Napoli ganó la **Supercopa de Italia** apabullando a la Juventus por **5–1**. Aquella Juve de Roberto Baggio, Thomas Hässler y el Toto Schillaci. Un Diego magistral enhebró los cinco tantos, despertó admiración, levantó otra copa...

Teiste, solitario y final

La Supercopa fue **el último acto de amor**. De allí en más, sus días napolitanos serían insoportables. Las heridas del conflicto con Ferlaino jamás habían cicatrizado. Diego se sentía oprimido por el entorno, asfixiado por una presión popular permeable a los manejos intencionados de sus enemigos. Cayó en un **bache depresivo**, no resistía la tentación de cambiar de aire, por más que su contrato venciera en 1993.

Desde el entorno de Ferlaino le tiraron con munición gruesa. Criticaron sus amistades, potenciaron las **conjeturas insidiosas** de la prensa, quisieron divorciarlo del sentimiento de la gente. Y Maradona **bajó la guardia**. Italia lo odiaba después del mazazo del mundial, ya dudaban algunos napolitanos... Tenía poco que hacer allí. Y se terminó de convencer el día que le saltó un sospechoso doping en el control del partido con el Bari, el 17 de marzo. Denunció un **complot** que el tiempo se encargaría de certificar. Pero no lo oyeron. No quisieron oírlo. Le bajaron el martillo a una suspensión de quince meses, lo obligaron a decidirse...

El **1º de abril de 1991**, cerca de las once de la noche, un locutor de la RAI leyó un flash: *"Maradona está en Fiumiccino, listo para embarcarse hacia Buenos Aires. Deja Italia definitivamente"*.

El 1º de abril es un día especial en Italia, algo así como el **Día de los Inocentes**. La mayoría pensó que se trataba de una chanza. De otra broma pesada. Pero no era chiste...

La campaña en el Napoli

Partidos Jugados: **259**

Goles: **115**

Títulos: **Scudetto 1986/87**
Scudetto 1989/90
Copa de Italia 1986/87
Copa de la UEFA 1989/90
Supercopa de Italia 1990/91



1984/85

CAMPEONATO ITALIANO — 30 partidos, 14 goles

Septiembre 23	Napoli 1 - Sampdoria 1	(1) penal
Octubre 7	Napoli 3 - Como 0	(1)
Octubre 14	Napoli 1 - Lazio 1	(1)
Enero 6	Napoli 4 - Udinese 3	(2) de penal
Enero 13	Napoli 1 - Fiorentina 0	(1)
Febrero 10	Napoli 2 - Torino 1	(1) penal
Febrero 17	Napoli 1 - Como 1	(1) penal
Febrero 24	Napoli 4 - Lazio 0	(3)
Marzo 31	Napoli 1 - Ascoli 1	(1)
Mayo 12	Napoli 2 - Udinese 2	(2)

COPA DE ITALIA — 6 partidos, 3 goles

Agosto 22	Napoli 4 - Arezzo 1	(1)
Agosto 26	Napoli 3 - Casertana 0	(1) penal
Septiembre 2	Napoli 3 - Pescara 0	(1)

1985/86

CAMPEONATO ITALIANO — 29 partidos, 11 goles

Septiembre 29	Napoli 1 - Roma 1	(1)
Octubre 20	Napoli 5 - Verona 0	(1)
Octubre 27	Torino 2 - Napoli 1	(1)
Noviembre 3	Napoli 1 - Juventus 0	(1)
Noviembre 10	Napoli 1 - Internazionale 1	(1)
Noviembre 24	Napoli 1 - Udinese 1	(1) penal
Enero 5	Napoli 1 - Como 1	(1) penal
Febrero 23	Napoli 2 - Verona 2	(2) 1 de penal
Marzo 16	Napoli 1 - Internazionale 0	(1) penal
Abril 13	Napoli 2 - Milan 1	(1)

COPA DE ITALIA — 2 partidos, 2 goles

Septiembre	Napoli 3 - Salernitana 1	(2) 1 de penal

1986/87

CAMPEONATO ITALIANO — 29 partidos, 10 goles

Septiembre 14	Napoli 1 - Brescia 0	(1)
Octubre 12	Napoli 2 - Sampdoria 1	(1) penal
Octubre 19	Napoli 2 - Atalanta 2	(1) penal
Octubre 26	Napoli 1 - Roma 0	(1)
Noviembre 23	Napoli 4 - Empoli 0	(1)
Enero 4	Fiorentina 3 - Napoli 1	(1)
Febrero 1°	Napoli 3 - Udinese 0	(2) 1 de penal
Marzo 1°	Napoli 1 - Sampdoria 1	(1)
Abril 26	Napoli 2 - Milan 1	(1)

COPA DE ITALIA — 10 partidos, 7 goles

Agosto 24	Napoli 2 - Spal Ferrare 0	(1)
Agosto 27	Napoli 2 - Lazio 0	(1)
Septiembre 7	Napoli 3 - Cesena 1	(1)
Febrero 25	Napoli 3 - Brescia 0	(1)
Septiembre 29	Napoli 3 - Bolonia 0	(1)
Mayo 6	Napoli 4 - Bolonia 2	(1) penal
Mayo 27	Napoli 1 - Cagliari 0	(1)

COPA UEFA — 2 partidos, sin.goles

1987/88

CAMPEONATO ITALIANO — 28 partidos, 15 goles

Octubre 11	Napoli 6 - Pescara0	(1) penal
Noviembre 1°	Napoli 2 - Empoli1	(2) 1 de penal
Noviembre 22	Napoli 3 - Torino1	(1)
Diciembre 12	Napoli 2 - Juventus 1	(1) penal
Diciembre 20	Napoli 4 - Verona 1	(1)
Enero 10	Napoli 4 - Fiorentina 0	(1)
Enero 17	Napoli 1 - Sampdoria 0	(1)
Enero 24	Napoli 2 - Cesena 0	(1)
Enero 31	Napoli 3 - Ascoli 1	(1)
Febrero 7	Napoli 2 - Pisa 1	(1)
Febrero 14	Napoli 4 - Avellino 0	(1)
Abril 10	Napoli 1 - Internazionale 0	(1)
Abril 24	Napoli 1 - Verona 1	(1)
Mayo 1°	Milan 3 - Napoli 2	(1)

COPA DE ITALIA — 9 partidos, 6 goles

Agosto 23	Napoli 4 - Módena 0	(1)
Agosto 30	Napoli 2 - Udinese 0	(1)
Septiembre 6	Napoli 2 - Fiorentina 1	(1) penal
Enero 6	Fiorentina 3 - Napoli 2	(1) penal
Marzo 2	Torino 3 - Napoli 2	(2)

COPA DE CAMPEONES — 2 partidos, sin goles

1988/89

CAMPEONATO ITALIANO — 26 partidos, 9 goles

Octubre 23	Napoli 8 - Pescara 2	(2)
Noviembre 27	Napoli 4 - Milan 1	(1)
Diciembre 4	Napoli 2 - Fiorentina 0	(1) penal
Diciembre 18	Napoli 3 - Bolonia 1	(2)
Enero 29	Napoli 4 - Ascoli 1	(2)
Febrero 19	Napoli 1 - Atalanta 1	(1)

COPA DE ITALIA — 12 partidos, 7 goles

Agosto 31	Napoli 3 - Barletta 0	(1)
Septiembre 3	Napoli 1 - Bolonia 0	(1)
Septiembre 14	Lecce 2 - Napoli 1	(1)
Septiembre 21	Napoli 2 - Cesena 0	(1)
Septiembre 28	Napoli 4 - Módena 0	(2) 1 de penal
Febrero 1°	Napoli 2 - Pisa 0	(1)

COPA UEFA — 12 partidos, 3 goles

Septiembre 7	Napoli 1 - PAOK Salónica (Grecia) 0	(1) penal
Marzo 15	Napoli 3 - Juventus 0	(1) penal
Mayo 3	Napoli 2 - Stuttgart (Alemania) 0	(1) penal

1989/90

CAMPEONATO ITALIANO — 28 partidos, 16 goles

Septiembre 24	Napoli 1 - Cremonese 1	(1)
Octubre 1°	Napoli 3 - Milan 0	(1)
Octubre 8	Napoli 1 - Roma 1	(1) penal
Octubre 22	Napoli 2 - Internazionale 0	(1)
Octubre 29	Napoli 1 - Génoa 1	(1) penal
Noviembre 19	Napoli 1 - Sampdoria 1	(1)
Enero 14	Napoli 2 - Udinese 2	(1) penal
Enero 21	Napoli 2 - Verona 0	(1)
Febrero 4	Napoli 3 - Cremonese 0	(2)
Febrero 18	Napoli 3 - Roma 1	(2) de penal
Marzo 25	Napoli 3 - Juventus 1	(2)
Abril 14	Napoli 3 - Bari 0	(1) penal
Abril 22	Napoli 4 - Bolonia 2	(1)

COPA DE ITALIA — 3 partidos, 2 goles

Enero 24	Fiorentina 1 - Napoli 1	(1)
Febrero 14	Milan 3 - Napoli 1	(1) penal

COPA UEFA — 5 partidos, sin goles

1990/91

CAMPEONATO ITALIANO — 18 partidos, 6 goles

Septiembre 30	Napoli 2 - Pisa 1	(1) penal
Octubre 21	Napoli 1 - Milan 1	(1) penal
Diciembre 2	Napoli 2 - Torino 1	(1) penal
Febrero 10	Napoli 4 - Parma 2	(2) 1 de penal
Marzo 24	Sampdoria 4 - Napoli 1	(1) penal

COPA DE ITALIA — 3 partidos, 2 goles

Septiembre 5	Napoli 3 - Cosenza 0	(1) penal
Marzo 12	Napoli 1 - Sampdoria 0	(1)

SUPERCOPA DE ITALIA — 1 partidos, sin goles

COPA DE CAMPEONES — 4 partidos, 2 goles

Septiembre 19	Napoli 3 - Ujpest Dosza (Hungría) 0	(2)

1991/92

SUSPENDIDO

Entre paréntesis, la cantidad de goles convertidos por Maradona en cada partido.